

# ELIGE TU PROPIO ESCALOFRÍO



Tú eres el protagonista de esta historia

## ¡SOY UNA MOSCA!

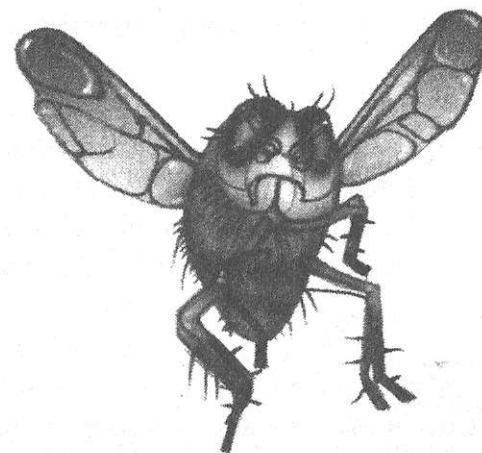
LABAN CARRICK HILL

TIMUN MAS

ELIGE TU PROPIO  
ESCALOFRIO

# ELIGE TU PROPIO ESCALOFRÍO

¡SOY UNA MOSCA!  
LABAN CARRICK HILL



*Ilustraciones:* BILL SCHMIDT

*Un libro de R.A. Montgomery*

T I M U N M A S

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diseño de cubierta: Víctor Viano

Título original: *Bugged out!*

Traducción: Gemma Gallart

Copyright © 1996, Ganesh, Inc.

© Ilustraciones: Bantam Doubleday Dell Books for Young Readers, 1996

*Published by arrangement with Bantam Doubleday Dell Books For*

*Young Readers, a división of Bantam Doubleday Dell Publishing*

*Group, Inc, New York, U.S.A.*

*All rights reserved*

«Choose Your Own Nightmare»

es marca registrada por Bantam Doubleday Dell Books for Young

Readers, división de Bantam Doubleday Dell Publishing Group

«Elige tu propio escalofrío»

es marca registrada

© Grupo Editorial Ceac, S.A., 1997

Para la presente versión y edición en lengua castellana

Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.

ISBN: 84-480-2052-9

Depósito legal: B.4.112-1997

Gersa, Industria Gráfica

Impreso en España - *Printed in Spain*

Grupo Editorial Ceac, S.A. Perú, 164 - 08020 Barcelona

## ADVERTENCIA

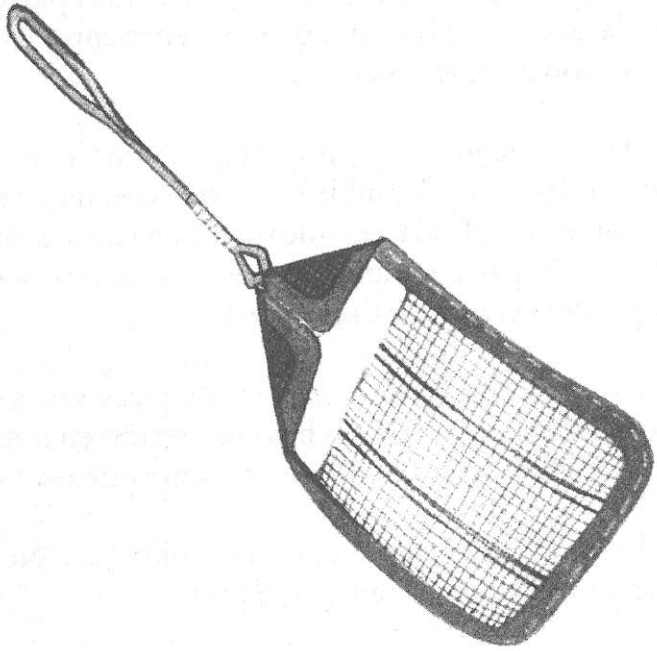
---

Sin duda habrás leído libros a cuyos personajes les suceden cosas aterradoras. Pues bien, en **Elige tu propio escalofrío**, tú formas parte de la acción: ¡eres tú quien se encuentra en situaciones espeluznantes!

Afortunadamente, a medida que vayas leyendo, tendrás la oportunidad de elegir qué hacer a continuación. Cada vez que tomes una decisión, pasa a la página indicada. De tus elecciones dependerá el final de tu aventura.

En *¡Soy una mosca!*, experimentarás sensaciones desconocidas. ¡Te has convertido en una mosca! Pero no dejes que eso te «mosquee».

Es importante que elijas con cuidado... No querrás que te aplasten, ¿verdad?



—¿Has acercado alguna vez tu cara a una resbaladiza y viscosa babosa gris? ¿Bien cerca? —te pregunta Emily, tu mejor amiga.

Eso es lo que quiere que hagas ahora, porque acaba de descubrir a dos moqueantes babosas masticando con entusiasmo un tomate podrido en el patio trasero de tu casa. Se inclina sobre ellas y te hace un gesto con la mano para que la imites.

—¡*Puaff!* —chillas—. Odio a esas cosas.

—¡Oh! Vamos, no son más que babosas. —Emily hinca el dedo en un burujo de la baba del animal, luego acerca el dedo a su nariz y lo huele.

—Me parece que voy a vomitar —dices.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras mal? —te pregunta.

Te limitas a sacudir la cabeza con cara de asco y añades:

—Puedo vivir sin babosas. Son repugnantes.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclama ella.

—Ya empezamos otra vez —mascullas por lo bajo. A Emily le encantan esa clase de bichos, y tú no los puedes soportar. Es la única cosa en que no estáis de acuerdo.

—Si echas sal sobre una babosa, el animal se disuelve —continúa ella—. Pero eso es una crueldad porque ellas no nos hacen nada. ¿Sabías que dos tercios de todos los animales del mundo son insectos? —Emily levanta una de las babosas y observa cómo se desliza por sus dedos.

—¡Uhhh! Ahora sí que voy a vomitar —repites mientras intentas contenerte—. Yo prefiero esa tercera parte que no son insectos.

Afortunadamente, en ese momento tu madre abre la puerta de tela metálica y te llama.

—¡A ceenaaaaaar!

—Nos vemos, Emily. Lamento no poder quedarme más tiempo —añades, pero en el fondo te alegras de que sea hora de cenar. Sabes por experiencia que tu amiga estaba a punto de embarcarse en su tema favorito: ¡LOS INSECTOS!

—Buena suerte con la función de mañana —te grita mientras atraviesa el patio a la carrera.

Te encaminas a la puerta trasera. Lo último que deseas es pensar en esa obra de teatro, ya que te ha tocado hacer de dinosaurio. Tu profesora, la señora Whittemore, se las ingenió para que aceptaras el papel, y ahora sufres un ataque agudo de pánico escénico.

---

*Pasa a la página siguiente.*

Ya en casa, encuentras a tu malcriado hermano, Jake, vertiendo tu leche en su vaso, de modo que le retuerces la nariz antes de sentarte en la silla contigua. Sobre la mesa hay una bandeja rebosante de filetes de hígado, cebolla y coles de Bruselas.

Tu padre te sirve un gran pedazo de hígado, que tiene todo el aspecto de una gigantesca y resbaladiza babosa marrón.

—Realmente voy a vomitar —farfullas.

—¿Qué has dicho? —pregunta tu madre.

Te limitas a sacudir la cabeza negativamente.

—No olvides hablarle del paquete que ha enviado el tío Bill —interrumpe tu padre.

—¿Qué paquete? —inquieres muy excitado.

—Cómete la cena —responde ella—. Luego tendrás tiempo más que suficiente para las tonterías del tío Bill. —Lanza a tu padre una mirada fulminante.

Sabes perfectamente que si vuelves a sacar a relucir el tema del paquete de tu tío puede que no lo obtengas jamás, así que te concentras en intentar tragar trozos de hígado sin notar su sabor. Cortas la carne en pedacitos minúsculos, abres bien la boca, y depositas un trocito en la parte posterior de la lengua.

---

*Pasa a la página 4.*

—¡Ughhh! —Das una boqueada y empiezas a toser. Temiendo que te estés asfixiando, tu padre se inclina hacia ti y te da una fuerte palmada en la espalda.

—No —jadeas, al tiempo que escupes el trozo de hígado sobre el regazo de tu madre.

Casi sin resuello intentas disculparte, pero tu madre se limita a sacudir la cabeza.

—¡Si comieras como las personas normales, no te atragantarías! Ahora quiero que limpies toda esta porquería y termines tus coles antes de subir y abrir el paquete del tío Bill.

Jake lanza una risita y sale corriendo del comedor mientras tú quitas la mesa. Esta noche se suponía que era Jake quien debía hacerlo.

Cuando terminas, gritas a tus padres que están en la sala de estar:

—He acabado. ¿Puedo subir ahora?

—¡De acuerdo, pero asegúrate de repasar tu papel para la función de mañana! —responde tu padre.

Un escalofrío recorre tu espalda, e intentas no pensar en la obra de teatro. Pero no puedes. Tan sólo la idea de salir al escenario vestido de dinosaurio hace que desees desaparecer o salir corriendo..., cualquier cosa excepto aparecer por la escuela mañana.

Haces un esfuerzo por quitártelo de la cabeza mientras subes la escalera hacia tu habitación.

Sobre el escritorio hay una gran caja abollada. Descansa encima de un revoltijo de libros de texto, un guante de *catcher*, y varios juegos de vídeo. Parece como si la caja hubiera viajado por todo el mundo para llegar hasta aquí, y casi lo ha hecho. Tío Bill es antropólogo, y en estos momentos está estudiando una tribu perdida en lo más profundo de los bosques tropicales del Amazonas brasileño.

Sacas un cortaplumas, cortas los extraños y hermosos sellos de la parte superior derecha del paquete, y los fijas con tachuelas en el tablón de la pared. Coleccionas sellos; tienes docenas procedentes de todo el mundo. Luego deslizas la hoja del cortaplumas bajo la cinta adhesiva y separas las solapas de la caja.

—¿Có... cómo es po... posible? —tartamudea sobresaltada—. ¡Esta mosca tiene el pelo rubio! —Tú eres consciente de que Emily sabe muy bien que las moscas están cubiertas de minúsculos pelos negros como los de la máscara.

Te quedas bajo la lupa mientras ella te examina con más atención, sin dejar de repetir en voz baja:

—Pelos rubios, pelos rubios, pelos rubios.

Quisieras chillar «¡Ya basta!», pero sabes que está empezando a reconocerte, así que permaneces todo lo inmóvil que le es posible a una mosca, lo que por desgracia es bastante difícil. Agitas y frotas las patas unas contra otras, sacas la lengua y das pequeños saltitos como si padecieras un tic nervioso. Pero eres una mosca, y eso es lo que hacen las moscas.

Emily sigue hablando consigo misma:

—Hay una nariz... y también ojos humanos... y orejas humanas... y... y... cabellos rubios.

—¡Quieres despertar de una vez, Emily! —chillas—. ¡Soy yo! ¡Soy yo! Sí, no soy una mosca, en realidad soy un ser humano. —Pero todo lo que se oye es el exasperante zumbido que hacen las moscas, porque tu voz se ha transformado por completo en la de uno de esos insectos.

—¿Eres... tú? —pregunta ella vacilante.

---

*Pasa a la página 17.*

Un repentino alarido te saca de tu ensueño.

—¡Moscas!

Te han descubierto. El aire silba junto a ti, y te lanza haciendo eses en dirección a la puerta.

Chocas de cara contra la pata de una silla. Estás mareado y has perdido el equilibrio, pero tu cabeza se despeja enseguida y comprendes que lo mejor será salir de allí. ¡Muévete! ¡Muévete! Vuelas bajo, a ras de suelo, hacia la puerta, pero está cerrada. Estás atrapado.

Divisas una rendija en la parte inferior de la puerta. Métete por ahí. ¡Métete por ahí!

—¡Uf! —jadeas—. Lo conseguí.

Las enfermeras de la *nursery* te observan furiosas a través de la ventana, listas por si decides regresar.

Recorres el pasillo a toda velocidad.

De repente te llega un aroma delicioso. No acabas de descifrar a qué huele, pero el olor te lleva hasta una sala muy grande.

—¡Comida! —chillas.

Has encontrado la cafetería del hospital. Sobre un largo mostrador se alinean bandejas y más bandejas de comida caliente: misteriosa carne frita, macarrones con queso, puré de patatas deshidratado.

---

*Pasa a la página 65.*



Tanto esperar te aburre, y, además, estás seguro de que Emily ya se habrá ido del hospital. Comprendes que lo mejor que puedes hacer es regresar a casa, y, con un poco de suerte, la encontrarás allí.

Pero primero tienes que conseguir algo de comer. Estás hambriento. Te preguntas qué comerán las moscas; aunque, en realidad, es algo que no deseas averiguar. Supones que podrás colarte fácilmente en un restaurante, y tomar unos cuantos bocados de comida normal sin que nadie se dé cuenta. El único problema es que no hay restaurantes por aquí, sólo almacenes.

Decides explorar. Debe de haber una tienda de comidas preparadas en los alrededores. Recorres la manzana volando, y todos los edificios ante los que pasas tienen la fachada de ladrillos y las puertas de metal gris. Ninguno se parece a un restaurante o a una charcutería.

Casi estás a punto de darte por vencido y regresar a casa, cuando un aroma, claramente seductor, atrae tu atención. Es un perfume agri-dulce que hace cosquillas a tu nariz y provoca las protestas de tu estómago.

---

*Pasa a la página 15.*

Presas del pánico vuelas escalera abajo hacia la cocina.

Tu madre se encuentra frente al mostrador preparando tu almuerzo para la escuela. Sobre el tablero se encuentran los ingredientes de tu bocadillo preferido: tocino, salchichón, lechuga y tomate, con cuatro rebanadas de pan, colocadas en fila, sobre las que tu madre está extendiendo mayonesa.

Hambriento, sientes un impulso casi incontrolable de lanzarte directamente sobre una rodaja de jugoso tomate maduro. La succulenta pulpa de éste te atrae; su embriagador aroma es casi irresistible.

Por suerte recobras el juicio antes de lanzarte en picado sobre los tomates, y, en su lugar, te elevas hasta el rostro de tu madre para atraer su atención, pero ella te aparta automáticamente con un manotazo. Ni siquiera sabe que estás ahí.

Rodeas su cabeza e intentas gritarle en la oreja.

—¡Bzzz! —zumbas frenéticamente, pero ella vuelve a apartarte con la mano.

Desesperado, te posas sobre su nariz.

—¡Abhh! —chilla ella. Da un brinco sorprendida y te asesta un buen manotazo para apartarte.

---

*Pasa a la página 12.*

—¡Hummmmm! Un raro ejemplo de la *Diptera transmograe* —explica el anciano con un curioso acento vienés. Enfoca tu rostro con una luz brillante y te examina con atención.

—Los ojos se dilatan como los de un humano —indica en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto.

Saca unas pinzas, y te coloca de espaldas con cuidado. Hurga en ti con las pinzas y luego levanta la mirada hacia los que están allí reunidos.

—No hay ninguna duda —anuncia—. Esta mosca es un ser humano.

—Genial —replicas sarcástico, sabedor de que nadie comprende lo que dices. Empiezas a impacientarte y a tener hambre, mientras este doctor se dedica a descubrir lo que resulta evidente. Sientes un fuerte deseo de dar un paseíto por la habitación, y, por lo tanto, levantas el vuelo.

—Quieto —ordena de repente el doctor. Y tú que creías que no te miraba. Obedeces, de todos modos.

—¿Me entiende tu amigo? —pregunta el especialista a Emily.

—Sí, señor —responde ella.

El hombre acerca un taburete, se sienta frente a ti, y ajusta una enorme lente de aumento.

---

*Pasa a la página 37.*

Empiezas a escribir: S, C... Emily asiente y se encamina a la puerta.

—Primero tengo que ir a casa. Olvidé el libro de *mates* —anuncia, y tú sales detrás de ella por la puerta trasera de la casa.

—¿Os vais ya a la escuela? —grita tu madre a tu espalda.

Tu amiga frena en seco. Intercambiáis una mirada, sin saber qué contestar.

—¡Sí! ¡Pero no podemos detenernos, o llegaremos tarde! —chilla ella.

Tu madre responde algo, pero no eres capaz de descifrar lo que dice porque ya habéis cruzado la puerta. Una vez en casa de Emily, corréis escalera arriba.

Al pasar junto a la habitación de su madre, una voz grita:

—¡Emily, no llegues tarde a la escuela!

—No, mamá —responde ella, mientras se precipita al interior de su dormitorio. Se detiene un instante para hacer la cama y cepillarse el pelo a toda prisa.

—Y no subas la escalera como una manada de elefantes. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Sí, mamá —responde Emily automáticamente, sin haber escuchado en realidad.

---

*Pasa a la página 84.*

Pierdes el equilibrio y mueves a toda velocidad las alas para intentar recuperarlo, pero no lo consigues y vas a caer directamente sobre un montoncito de mayonesa, que estaba a punto de ser extendido sobre una rebanada de pan.

—¡Fuera de aquí! —aúlla tu madre, alzando la mano como si quisiera aplastarte.

Intentas huir volando, pero la mayonesa es demasiado pesada y no puedes elevarte. A toda velocidad, ruedas por el borde de la rebanada hasta la mesa, e intentas recobrar el aliento mientras tu progenitora aplasta una segunda rebanada de pan sobre aquella en la que habías aterrizado. «Eso estuvo cerca», te dices lleno de preocupación.

Por fin consigues volar, justo cuando tu madre estrella la mano contra el punto del mostrador en el que te habías posado.

—¡Te cogí! —chilla ella, satisfecha. Luego levanta la mano y contempla la limpia superficie... no hay restos de insecto.

—¡Fallé! —masculla, decepcionada—. La próxima vez estaré preparada.

Abre el armario de las escobas y saca una pala matamoscas. Está dispuesta a conseguirlo.



*Pasa a la página 31.*

—¡Por tu culpa he llegado tarde, pequeño insecto! —te espeta Emily en un tono tan bajo como le es posible—. Mi madre me matará.

—Bien, como todos sabéis, hoy al acabar la escuela tenemos una función escolar. Os espero a todos aquí a... —La señora Whittemore se detiene en mitad de la frase y pasea la mirada por el aula—. ¿No está nuestro dinosaurio?

Emily agacha la cabeza sobre el pupitre.

—Emily —llama la profesora—, ¿dónde está nuestro dinosaurio?

—Enfermo —responde ella sin levantar la cabeza, porque teme que la señora Whittemore se dé cuenta de que miente.

—¡Esto es catastrófico! —gimotea la profesora—. No tenemos suplente y el dinosaurio es el papel más importante.

—Creo que el dinosaurio se sentirá mejor esta tarde —añade Emily, por temor a que la señora Whittemore pueda llamar a tu casa—. No se preocupe, estoy segura de que los dos tomaremos parte en la obra de teatro.

Enfadado, vuelas hasta la oreja de tu amiga y zumbas con fuerza. Lo mejor de ser una mosca es que te *perderás* la función. Odias que Emily haga promesas que tú no quieres cumplir.

---

*Pasa a la página 52.*

Sin pararte a pensar, te pones en marcha.

—¡Hora de cenar! —chillas, y vuelas con la furia de quien no ha comido durante días. Todo tu cuerpo aúlla pidiendo comida y no comprendes qué es lo que sucede, sólo sabes que tienes que llegar hasta esa comida como sea.

El olor se vuelve más fuerte a medida que vuelas hacia él, y te atrae como si fuera un imán. Has perdido el control sobre tu cuerpo, que aletea en dirección a la deliciosa fragancia.

Durante todo el tiempo no dejas de preguntarte: ¿qué es? ¿Qué es ese perfume maravilloso? Doblas una esquina, y tus ojos se clavan en el festín. Es un sueño, es la perfección. Es...

¡Un contenedor de basura, verde botella, repleto de comida putrefacta!

Un contenedor de basura es la última cosa que jamás hubieras imaginado que pudiera gustarte, pero no puedes evitarlo. Deseas sumergirte en aquellos repugnantes desperdicios.

---

*Si decides que debes zambullirte  
en la basura putrefacta,  
pasa a la página 44.*

*Si crees que puedes resistirte  
al contenedor de basura,  
pasa a la página 46.*

En el laboratorio, el señor Scully recorre la habitación, recogiendo tubos de ensayo procedentes de la última clase y distribuyendo otros limpios para la siguiente. El faldón de su camisa sobresale por la parte posterior de sus pantalones, lleva las mangas subidas irregularmente, y da la impresión de haberse afeitado sólo media cara esta mañana.

Emily se abre paso entre los niños que entran.

—¡Señor Scully! ¡Señor Scully! —chilla.

El profesor levanta la cabeza y la ve.

—Prometiste no saltarte clases para pasar más tiempo en el laboratorio —reprende—. No tienes que estar aquí hasta después del almuerzo. ¡Ahora, vete! —Se vuelve para continuar los preparativos de la siguiente clase.

—¡Espere! —suplica Emily—. ¡Se trata de una emergencia!

—Habla de ello durante la hora de clase, después del almuerzo —responde él.

*Si decides zumar con fuerza para llamar la atención del señor Scully, pasa a la página 58.*

*Si estás seguro de que el señor Scully no cambiará de idea, pasa a la página 75.*

No puedes hacer más que zumar. Vuelas hasta la ventana otra vez, con la esperanza de que te seguirá, y arrastras el cuerpo por la húmeda superficie escarchada del cristal y escribes: ¡AYUDA! Luego te desplomas sobre el alféizar, demasiado empapado de agua para volar.

Por fin Emily comprende. Corre hasta la ventana y traza con los dedos las letras que acabas de escribir. Inconscientemente, su mano da una palmada sobre el alféizar.

*¡Plaf!*

Haces una mueca de dolor. Si esto continúa, acabarás con un terrible dolor de cabeza. Te has librado por los pelos. La mano de Emily se posa a pocos milímetros de donde tú te encuentras, impotente por culpa del rocío que te empapa.

—¡Oh, no! —exclama ella, levantando rápidamente la mano.

Te preparas para otro golpe, pero Emily se limita a llevarse la mano a la boca. Acaba de darse cuenta de que ha estado a punto de convertirse en jugo de insecto.

*Pasa a la página 60.*

—Bueno, no estoy seguro de qué podemos hacer —contesta el profesor pensativo—. ¿Cómo os comunicáis?

—Comprende todo lo que se le dice y puede escribir mojando la pata en tinta —explica Emily.

El señor Scully vierte unas gotas de tinta de su estilográfica sobre una hoja de papel.

—Primero tienes que prometer hacer todos los deberes y aparecer en mi clase a la hora —te dice.

Te quedas inmóvil, sin comprender exactamente de qué está hablando.

—Creía que podía escribir —dice el señor Scully de muy mal talante, volviéndose hacia Emily.

—Puede —responde ella.

—Entonces, di a tu amigo que prometa ser un alumno perfecto en mis clases y no haga más el tonto. De lo contrario...

Antes de que pueda acabar la frase, ya estás escribiendo: ¡LO PROMETO!

---

*Pasa a la página 25.*

—¡Sabía que no querías actuar en la función, pero desde luego ésta es una forma muy curiosa de evitarlo! —dice ella, intentando añadir un toque de humor a la situación.

Mojas una pata en la tinta y escribes: NO DIVERTIDO.

Emily se ríe de su propio chiste y luego añade: —Será mejor pedir ayuda enseguida.

NO SE LO DIGAS A MI MADRE, imploras. Lo último que deseas es ser una mosca triturada. Te desplomas. El calambre de los escribientes ha entumecido todo tu cuerpo.

—No lo haré —asegura, y se inclina sobre ti—. Escucha —continúa—, hay un par de cosas que podemos hacer, pero la decisión es tuya. Podemos ir al hospital y ver si pueden ayudarte, o podemos ir a ver al señor Scully a la escuela. Es un entomólogo de primera; él fue quien me enseñó todo lo que sé sobre bichos.

Odias tener que tomar una decisión. ¿Vas a ver a un médico o a un experto en insectos? ¿Sigues siendo humano, o eres un bicho?

---

*Si crees que eres más humano que insecto,  
pasa a la página 21.*

*Si opinas que eres más insecto que humano,  
pasa a la página 11.*

Sacas la máscara con sumo cuidado de la caja y, con tus prisas por ponértela, no ves el fino polvillo, como granos de trigo, que se deposita sobre tu rostro, cabellos y hombros.

La máscara se sujeta detrás de tu cabeza con pequeñas tiras de cuero, y cuando por fin la tienes bien colocada, te miras en el espejo situado sobre el tocador. ¡Pareces una mosca gigante de una película de terror! Unos saltones ojos plateados dominan el negro rostro triangular. Te echas a reír. A pesar de que odias a los insectos, y *en especial* a las moscas, tienes que admitir que la máscara es fenomenal.

Sin quitarte la máscara, telefoneas a Emily para hablarle del regalo del tío Bill.

—Tienes que venir enseguida a verla.

—¡Suena fabuloso! —responde ella—. Pero no puedo. Tengo que hacer los deberes de *mates*. Además —añade sarcástica—, necesitas descansar todo lo posible para estar a punto para la función de mañana.

—Me las pagarás —le adviertes.

—Hasta mañana, tío —contesta ella, y cuelga.

---

*Pasa a la página 70.*

Mojas la pata otra vez en la tinta y empiezas a escribir: H,O...

Antes de que puedas seguir, Emily abandona corriendo la habitación, gritándote que la sigas. Sale como un rayo de la casa y tú la sigues, volando tan rápido como puedes. ¡Gracias a Dios que tu madre está haciendo la colada en el sótano!

Tu amiga corre calle abajo en dirección a la parada de autobús de la esquina, contigo zumbando a sus espaldas.

—Un médico podrá solucionar esto —te dice—. No te preocupes.

Mientras esperáis el autobús, un olor extraño, aunque increíblemente maravilloso, pasa flotando ante tus narices, y todo tu cuerpo empieza a agitarse excitado. Al mirar a tu alrededor en busca del origen del fabuloso olor, descubres al perdiguero dorado de tu amiga que viene trotando por la calle hacia vosotros. No lo comprendes, el perro de Emily apesta, o al menos eso pensaste siempre... ¡hasta ahora!

A medida que el animal se acerca, sientes un deseo irresistible de volar hacia él. Describes un círculo alrededor de su cabeza, y te posas en su lomo, aspirando con deleite el magnífico aroma. Es mejor que cualquier perfume.

---

*Pasa a la página 36.*

Una vez en el hospital irrumpís en la sala de urgencias, y tu amiga se acerca al puesto de enfermeras.

—Tengo una emergencia —les dice.

Una enfermera enorme, que parece un defensa de un equipo de *rugby*, le echa un vistazo.

—No pareces enferma. ¿Qué te sucede?

—No es a mí. Es a mi amigo. —Te señala a ti que te encuentras revoloteando a su lado.

—No tenemos tiempo para bromas —replica la enfermera, alejándose.

—¡Estoy hablando en serio! —chilla Emily, pero la mujer no le hace caso y tu amiga apoya la cabeza en el mostrador, totalmente desalentada.

Te posas sobre su mano y te pones a zumbar muy fuerte. Tienes una idea.

Ella comprende que quieres hablar y coge una pluma del mostrador; luego los dos os encamináis a la sala de espera, que está llena de gente. Emily echa mano de una revista sobre la que escribir y rompe la pluma.

Mojas la pata en la tinta y escribes: DILES QUE ESTÁS ENFERMA.

—Pero el doctor se dará cuenta de que no me pasa nada —responde ella.

---

*Pasa a la página 69.*

Desesperado te inclinas al frente, con la esperanza de equilibrarte de algún modo, cuando algo te detiene de improviso en pleno vuelo.

—¿Qué sucede? —chillas.

¡Algo te ha atrapado! Estás suspendido firmemente en el aire, a unos siete centímetros del muro de ladrillo. Forcejeas para liberarte, pero sólo consigues quedarte más inmóvil; intentas averiguar qué es lo que te sujeta, pero no ves nada. Es como si algo invisible te hubiera atrapado en el aire.

Sientes terror, y tu corazón empieza a latir violentamente. Tus patas se agitan incontrolables, es como si hubieras perdido el control sobre ti mismo.

Entonces la ves. Una luz tenue te descubre los finísimos hilos de una telaraña. Es tu peor pesadilla. Sabes que no tienes ninguna posibilidad de soltarte, pero te retuerces y tiras de todos modos. Tienes que escapar de esta trampa pegajosa, aunque comprendes que cuanto más forcejees, más te enredarás, y finalmente te desplomas, sin aliento. «Tengo que pensar», te dices. «Debo tranquilizarme o de lo contrario nunca me soltaré.»

---

*Pasa a la página 47.*



—¡Será mejor que tenga cuidado o pasaré a mejor vida! —zumbas con fuerza—. ¡Jo! —chillas, das un salto y caes al suelo de espaldas desde un metro de altura. Emily se ha acercado a la pila y te ha sobresaltado.

—¿Estás bien? —te pregunta.

Te agitas para darte la vuelta, y luego vuelas hasta su mano.

—¡Sí! —zumbas, intentando asentir.

—Espera —te indica—. No te entiendo. Busquemos algo con lo que escribir. —Se acerca a las vitrinas de la pared e intenta abrirlas, pero están cerradas—. Tendremos que esperar al doctor —refunfuña, desilusionada.

Pasan unos minutos.

—¿Dónde está el doctor? —gruñe Emily, impaciente.

Tú sientes lo mismo. Tu madre te ha dicho siempre que no tienes paciencia, pero esto es una urgencia. No sabes qué hacer. ¿Esperas junto a tu amiga aquí, donde estás a salvo, o sales a averiguar el motivo de este retraso?

---

*Si quieres averiguar el motivo del retraso,  
pasa a la página 26.*

*Si prefieres esperar junto a Emily,  
pasa a la página 80.*

El señor Scully asiente satisfecho y se vuelve hacia los alumnos que acaban de entrar en el aula.

—Vamos a realizar una prueba sorpresa. Guardad los libros y responded a las preguntas siguientes. —Escribe varias preguntas en la pizarra sobre el aparato digestivo de gusanos y ranas. Algunos alumnos dejan escapar una serie de gruñidos y gemidos.

—Ha hecho que la clase esté ocupada durante un rato para poder trabajar contigo —susurra Emily.

El señor Scully da un golpecito sobre una cápsula de Petri, indicando que te instales en ella. Una vez lo has hecho, vierte en el interior un líquido pegajoso y dulzón que está a punto de ahogarte. La solución recubre tus alas, impidiéndote volar, pero no te importa porque sabe delicioso.

Enseguida, el profesor te coge con unas pinzas. Parece como si fuera a aplastarte, pero, en lugar de eso, te deja caer sobre un portaobjetos de cristal y te coloca bajo su microscopio.

—Nunca en mi vida... —masculla el señor Scully—. ¡Qué demonios...!

---

*Pasa a la página 34.*

Observas que la puerta de la habitación está ligeramente entreabierta, así que decides explorar para ver qué encuentras. Te escabulles por la rendija y accidentalmente vas a parar a una cabeza llena de pelo. Es como una selva; hay tanto pelo que te enredas en él, y no puedes soltarte.

Mientras te debates, intentando escapar, la cabeza desciende rápidamente por el vestíbulo y cruza un par de puertas batientes. El pelo está cubierto de laca pegajosa y desprende un nauseabundo olor dulzón, y con tu movimiento cada uno de los cabellos parece envolverte y arrastrarte aún más hacia el interior.

Mientras forcejeas, la cabeza sigue avanzando veloz, hasta que de improviso todo queda a oscuras. ¿Qué sucede? Te tranquilizas al darte cuenta de que la persona se ha puesto una especie de sombrero con una banda elástica en los bordes, que no deja pasar ni un resquicio de luz por los costados. Oyes voces ahogadas, pero apenas entiendes lo que dicen.

—Muy bien, todos —dice alguien—. Abrámosle de una vez. Hemos de sacar ese riñón enseguida.

---

*Pasa a la página 53.*

Sin detenerte a pensar, echas a volar y te lanzas hacia el techo, descartando rápidamente la idea de poder convencer alguna vez a tu madre de que se trata de ti en un cuerpo de mosca.

Para mayor seguridad te ocultas en la lámpara que hay en el techo; convencido de que tu madre no puede llegar hasta ahí sin subirse a una silla. El calor de la bombilla resulta reconfortante, tanto que aterrizas sobre ella.

—¡Aaaaauuuuuhhhh! —chillas con una voz que tan sólo una mosca puede comprender.

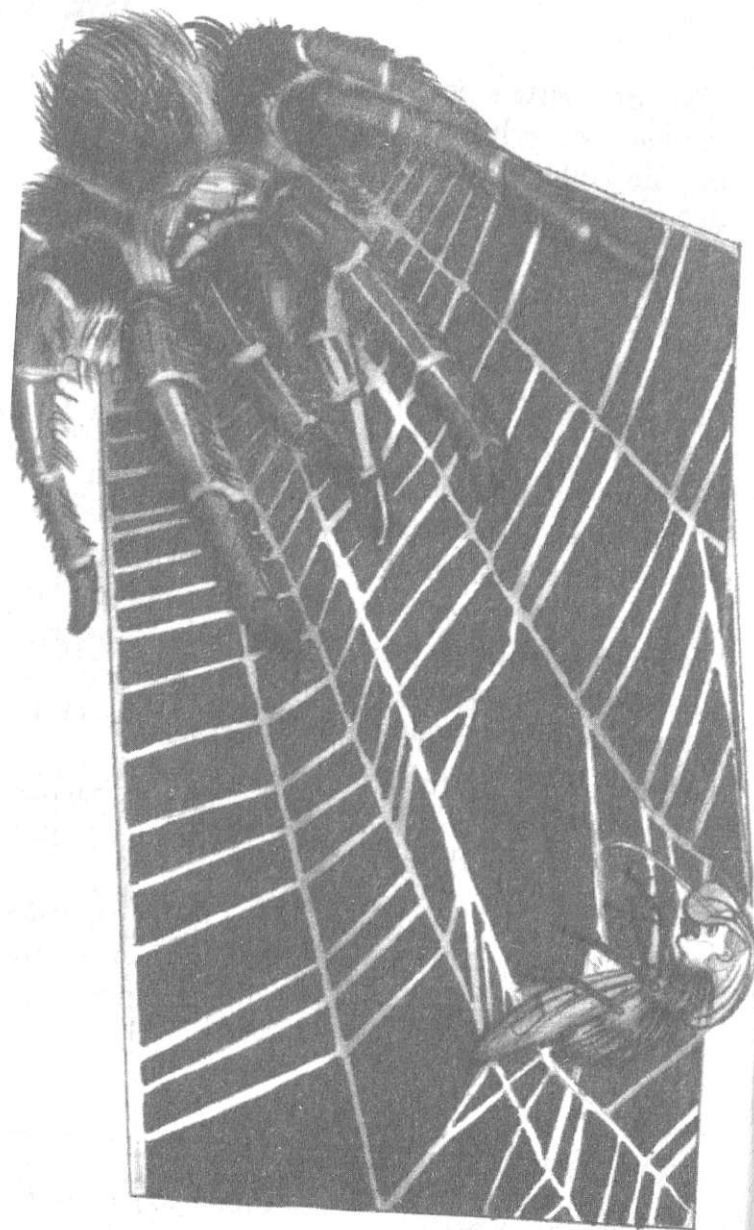
¡Acabas de quemarte las patas con la bombilla caliente! Así que *ése* es el motivo de que siempre haya moscas y polillas muertas en las lámparas de los techos: las bombillas calientes las fríen. Hasta este momento nunca se te había ocurrido pensar en lo peligrosa que podía ser la vida de una mosca.

Las patas chamuscadas te duelen una barbaridad; es como si siguieran cociéndose, y tienes que refrescarlas. Pero ¿dónde?

Por suerte, te acuerdas de los tomates, unos tomates frescos y húmedos. Son perfectos para aliviar tus seis pobres patas achicharradas.

---

*Pasa a la página 85.*



Por su mirada, te das cuenta de que está furiosa. La has enfurecido por no dejar que te encierre en un capullo; pero aún más porque tiene hambre, y te mira como si fueras un succulento banquete.

Con los ojos fijos en ti, la araña avanza despacio por la tela, tomándose las cosas con calma. Te debates con todas tus fuerzas contra tus ataduras, y notas que una de tus patas queda libre. Crees enloquecer. Tiras violentamente de tu cuerpo, y otras dos patas se sueltan.

Sientes un rayo de esperanza. Levantas los ojos hacia el insecto y observas su metódica aproximación. No se apresura en absoluto.

Te retuerces, a modo de respuesta, y separas parcialmente la espalda de la tela. Tu entusiasmo crece. Te esfuerzas aún más. ¡Nuevas partes de tu cuerpo empiezan a soltarse!

En tu forcejeo, pierdes de vista a la araña. Ignoras lo cerca que pueda estar, pero lo que importa es que se trata de una carrera que debes ganar.

De improviso, surgida de la nada, la araña salta. Sus ocho patas poderosas te envuelven, y notas un leve pinchazo, como un mordisco. La parálisis se apodera de todo tu cuerpo...

**Fin**

Inesperadamente, un curioso olor atrae tu atención. Es un aroma amargo, muy diferente al de la pasta con queso. No lo reconoces, pero te das cuenta de que todo tu cuerpo se siente atraído por él. Te deslizas como puedes por el interior de un macarrón, y ahí está...

Unas excrescencias finas como pelos, invisibles para el ojo humano pero no para tus ojos de mosca. Te aproximas serpenteando, lleno de curiosidad. Nunca has visto nada semejante. Cada pelo parece desprender miles y miles de pequeños organismos, que se parecen a las fotografías de tu libro escolar de ciencias.

¡Y huelen tan bien!

Les das un lametón y luego otro. El sabor te resulta familiar, y te preguntas dónde lo has probado antes. No tardas en recordarlo. Es moho. Esto sabe a queso mohoso.

—¡Uhhh!—aúllas. Pero sabe fabuloso.

Antes de que puedas darte cuenta de lo que sucede, tu cuerpo empieza a retumbar como si padecieras un gigantesco dolor de estómago. Es como si el moho se estuviera reproduciendo en tu interior. ¡Vas a estallar!

Tu piel se vuelve más y más tirante y tu estómago se dilata. El dolor resulta insoportable.

---

*Pasa a la página 72.*

Revoloteas por encima de los armarios de la cocina, horrorizado ante el sadismo que demuestra tu madre. Acabas de descubrir quién es realmente: ¡una sanguinaria asesina de insectos!

¿Cómo conseguirás comunicarte con ella? Es tu madre, y siempre tiene la respuesta correcta a cualquier problema. Por extraño que sea, sabes que puede ayudarte...

¡Zaaasssss!

La pala matamoscas acaba de pasar rozándote. Tienes que pensar deprisa. ¿Puedes conseguir que tu madre se fije en ti el tiempo suficiente para comunicarle que eres su hijo? ¿O sería mejor retirarte a la seguridad de tu dormitorio hasta que descubras la mejor línea de acción?

---

*Si decides que puedes convencer a tu madre de que te has convertido en una mosca, pasa a la página 54.*

*Si prefieres retirarte y salir volando de la cocina, pasa a la página 56.*

—¡Caray! —murmuras asombrado. Encajada entre hierba seca se encuentra la máscara más increíble que hayas visto nunca. Sacas a toda prisa la carta de tu tío.

«¡Qué tal!

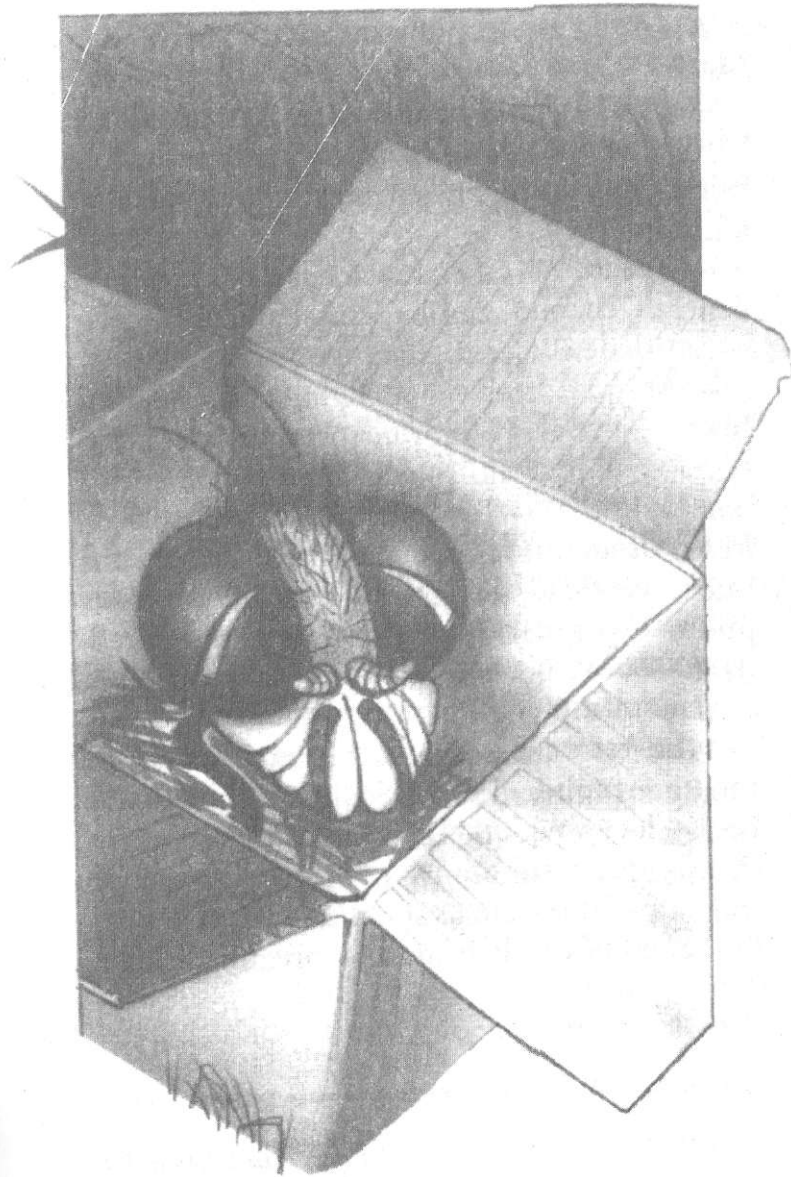
»¡Imaginé que esto te gustaría! Se trata de una máscara utilizada en el culto a una mosca diminuta de la familia de las *Diptera transmograe*. Las ceremonias son secretas, y no he podido averiguar gran cosa sobre ellas, pero, según la leyenda, las personas se convierten en moscas. La máscara está recubierta de pelo de miles de moscas, encolado con saliva pegajosa del mismo insecto. Se puede tardar hasta un año en construir una de estas máscaras. ¡Ya te tendré al corriente cuando averigüe más cosas sobre la utilización de este artilugio!

»Te echo de menos,

»Tío Bill.»

---

*Pasa a la página 20.*



Alisa tus alas con las pinzas y casi te saca un ojo.

—¡Ay! —chillas cuando te arranca un pelo.

—¿Qué fue eso? —El señor Scully levanta la mirada—. ¿Ha dicho algo tu amigo? —susurra a Emily.

—Bueno, no sabría decírselo; pero, por lo general, cuando zumba está hablando, creo —responde ella, encogiéndose de hombros.

—Así que... todavía posee la facultad de hablar... —dice el profesor mientras se rasca la cabeza—, aunque no pueda articular de forma comprensible. —Te devuelve a la cápsula de Petri, dejándote caer boca abajo. Tragas una buena cantidad de líquido dulzón y estás a punto de vomitar. Te preguntas si se puede realizar el boca a boca a una mosca; si es así, ahora es el momento.

—La estructura celular es rara para una mosca —explica el señor Scully a Emily—. De hecho, las paredes de las células son polisacáridos, lo que resulta muy poco corriente. Esto indica que estas células son mutables.

—¿De qué está hablando? —pregunta Emily.

---

*Pasa a la página 61.*

—¿Ha avisado alguien a la madre de esta mosca? —pregunta uno de los doctores, haciendo caso omiso de la interpelación de tu amiga.

Todos se miran entre sí, esperando que otro lo haya hecho. La doctora Joyce se vuelve hacia Emily.

—Necesitamos el teléfono de la casa de tu amigo.

Ella intenta poner reparos, pero otro médico la interrumpe para explicar que no te pueden ayudar sin el permiso de tus padres. Tu amiga cede y les da tu número.

Poco después tu madre irrumpe en la sala con tu hermano pequeño, Jake, a cuestas. Tras ellos entra, silenciosamente, un hombre mayor. Parece un empresario de pompas fúnebres, pero está claro que los otros médicos le respetan. Todos se apartan cuando él se acerca.

Tu madre hace salir a Jake de la habitación y le ordena que espere fuera.

Al salir tu hermano, observas que lleva entre las manos la máscara de mosca; desearías poder decir a alguien que se la quite antes de que también él se convierta en un insecto. Pero sabes que nadie te entenderá, así que rezas para que tu hermanito no sea tan estúpido como para ponérsela.

---

*Pasa a la página 10.*

—¡Oh, no! —jadeas. Eres realmente una mosca. ¡Ésta es la clase de olor que le gustaría a una de ellas!

—¡Vamos! —grita Emily—. El autobús está aquí.

Sube al autobús y te hace señas para que la sigas.

—¡No se admiten perros en el autobús! —le espeta el conductor, al mirar detrás de ella y ver al perro.

Tu amiga lo mira como si estuviera loco y paga su billete, mientras que tú te precipitas a través de una ventana abierta y la sigues hasta un asiento en la parte trasera.

Te das cuenta de que va a ser un largo trayecto, y no estás seguro de querer hacerlo porque empiezas a arrepentirte de tu decisión. La idea de ir al hospital no parece demasiado prometedor. ¿Cómo puede ayudarte un médico? No sabes qué hacer, y cuanto más piensas en ello, más desanimado te sientes.

---

*Si decides ir con Emily al hospital,  
pasa a la página 22.*

*Si decides acompañar a Emily  
sólo hasta que se te ocurra una idea mejor,  
pasa a la página 42.*

—Soy el doctor Mowbray, especialista en entomología; es decir, insectos.

Asientes, y tienes la impresión de que te ve hacerlo.

—Mi especialidad ha sido aislar el gen de la visión en las moscas. —Carraspea—. Quizás habrás oído hablar de mi último experimento, en el que hice crecer ojos en las alas y patas de moscas.

Vuelves a asentir aunque no has oído hablar de su trabajo.

—Bueno —continúa él con una risita ahogada—, tu problema es un poco más complicado que una simple alteración de genes.

Tras sacar un trozo de papel del bolsillo, se ajusta las gafas y se vuelve hacia tu madre.

—Señora, lamento tener que decirle que no puedo ayudar a su hijo a menos que firme este formulario de descargo.

Tu madre se queda inmóvil como una estatua, escuchando.

—Verá —prosigue él—, no puedo garantizar que sea capaz de hacer algo por su hijo. Pero sí puedo asegurar que, sin mi ayuda, el chico morirá dentro de cuarenta y ocho horas.

---

*Pasa a la página 40.*

—Trae una bata de laboratorio —le pide a alguien.

A los pocos minutos notas que una bata de algodón envuelve tu cuerpo y, con gran sorpresa por tu parte, descubres que casi la llenas, lo que te indica lo rápido que estás creciendo.

—Ten... ten... tengo ham... hambre —intentas articular.

Pero antes de que las palabras salgan por tu boca, Emily lanza un grito y se aparta de ti.

—¿Qué sucede? —preguntas, sorprendido. Te vuelves y contemplas tu reflejo en el alto archivador de acero inoxidable situado junto a la mesa del señor Scully.

—¡Oh, no! —chillas—. ¡Es imposible! —Pestañeas y vuelves a mirar, pero nada ha cambiado. Tu reflejo en el archivador de metal muestra que eres humano, pero diferente a cualquier persona del mundo: ¡tienes seis brazos, tres en cada lado!

Te llevas las manos al rostro. Las seis se posan sobre tu boca y estás a punto de asfixiarte. A tu espalda, oyes cómo el señor Scully se acerca al archivador arrastrando los pies.

—¡Oh, cielos!, me parece que he metido la pata —dice con una risa nerviosa—. Me pregunto si podría transformarte otra vez en mosca. ¿Qué te parece?

**Fin**





Casi como en un trance, tu madre coge el papel y lo firma.

El doctor Mowbray se dirige entonces hacia los otros médicos y pregunta si alguien tiene un poco de queso mohoso.

—¿Qué? —exclama tu madre, incrédula.

—La rápida expansión del moho parece ser una reacción inversa a lo que le ha sucedido a su hijo —le explica el doctor—. Lo que espero es estimular un retorno a la normalidad suministrando al paciente esporas de moho. Funciona según un principio similar al de una esponja seca. Añada agua a una esponja, y ésta se dilatará. Mi idea es añadir esporas que se multiplican a una velocidad increíble para conseguir lo mismo. Si mi hipótesis es correcta, su mosca se transformará en humano en unos minutos; si no es así, tendremos que probar otra cosa.

Todos se han quedado sin habla, y la doctora Joyce es la primera en hablar.

—No estoy muy segura de que eso tenga sentido, doctor.

—No intento que tenga sentido. ¡Intento salvar a un niño! —replica él enojado—. Ahora dense prisa. No sé cuánto tiempo puede vivir este chico bajo la forma de una mosca.

---

*Pasa a la página 59.*

Vuelves a gritar, pero en esta ocasión todo lo que oyes es un extraño zumbido en los oídos; un zumbido persistente, que nada más empezar hace que el picor y el dolor disminuyan. El sonido tiene un efecto tranquilizante, y te relajas, achacando lo sucedido a una pesadilla. Juras no volver a hablar jamás de insectos con Emily, y casi al instante te quedas dormido.

A la mañana siguiente, tu madre golpea la puerta de tu habitación como de costumbre.

—¡Despierta! —chilla. Y como de costumbre, te enroscas sobre ti mismo y estiras la mano para tirar de las mantas.

Pero no hay mantas. Bajas la mano y todo lo que notas es la sábana bien tirante debajo de ti. De mala gana, abres los ojos; todo parece diferente. Parpadeas.

La habitación se ha vuelto más grande, y la cama parece tan larga como dos campos de fútbol. Tu cuerpo ocupa tan sólo una minúscula porción de la almohada.

¿Qué es lo que sucede?

Chillas, pero todo lo que sale de tu boca es:

—¡Bzzzzzzzzzz!

---

*Pasa a la página 62.*

Una fuerte ráfaga de aire procedente de las ventanas abiertas del autobús, te pega contra un cartel que anuncia cirugía con láser contra las verrugas, y, por primera vez en tu vida, realmente sientes que la gente con esas excrecencias es afortunada. Al menos ellos pueden ir a que se las quemen. En cambio, tú eres una mosca, poco más o menos la forma de vida más primitiva del planeta. Cualquier cosa es mejor que ser una mosca.

El autobús reduce velocidad ante una luz roja. Emily tiene el rostro enterrado en un libro mientras tú permaneces en la repisa de la ventana junto a ella. Al cabo de unos segundos, el vehículo se pone en marcha con una sacudida. ¡Ep! ¡Pierdes el equilibrio y te caes de la ventana!

Te recuperas justo antes de caer debajo de la rueda y convertirte en una tortita callejera, pero cuando recobras el equilibrio, el autobús lleva ya recorrida media manzana. Frenético, intentas alcanzarlo, rezando para que se detenga a recoger a algún pasajero.

Sin embargo, el autobús va cogiendo velocidad. Nadie parece subir o apearse. Miras a tu alrededor y descubres que te encuentras en el barrio industrial, una zona de la ciudad que apenas conoces.

---

*Pasa a la página 50.*

Vuelas un poco. Luego te colocas boca abajo. No te sientes nada mareado. Todo esto de ser una mosca te resulta muy divertido, y mientras vuelas en círculos por la habitación todo lo que se te ocurre es que es ¡fenomenal!

Entonces te das cuenta de que si eres una mosca no puedes actuar en la función del colegio. ¡Es perfecto!, aquello que has estado temiendo durante semanas ya no sucederá.

Divisas unas cuantas migas de una galleta que te llevaste a escondidas a la habitación. ¡A desayunar! Te lanzas en picado y empiezas a lamer una diminuta miga rancia. ¡Es todo un festín!

*Clap. Clap. Clap.* El ruido de pasos en la escalera te advierte que alguien se acerca, aunque esperas que se dirija a otra habitación. Necesitas tiempo... tiempo para averiguar qué te ha sucedido. ¿Cómo es que te has convertido en una mosca?, ¿será posible invertir el proceso?

La puerta de tu habitación se abre violentamente, y Emily irrumpe en el interior. Tu amiga nunca llama.

—¡Eh! —chilla, al tiempo que se detiene en seco—. ¿Dónde te has metido? Tu madre me dijo que seguías aquí arriba.

---

*Pasa a la página 74.*

Ahora eres una mosca. Te atraen las cosas que gustan a las moscas, como la comida podrida. ¿Qué puedes hacer?

Nada, en realidad. De modo que te zambulles. ¿Qué hay de malo en las hamburguesas mordisqueadas, la lechuga pegajosa y ennegrecida, los tomates aplastados y los plátanos mohosos?

Es un festín corriente, y no estás solo. Hay literalmente cientos de moscas en este contenedor, mordisqueando manjares exquisitos como trozos de pollo de color verde amarillento, patatas fritas apelmazadas, y docenas de otras clases de comida demasiado estropeada para poder identificarla. E incluso descubres algunas de tus antiguas enemigas: babosas.

Contemplas un enjambre de moscas que revolotean sobre un plato de papel lleno de puré de patata, Coca Cola y enormes pedazos de piña, y, lo que es peor, comienzas a entender lo que dicen. Todas las moscas zumban en un mismo clamor ensordecedor: *¡Comida, comida, comida, comida, comida, comida, comida!*

De repente, te das cuenta de que tú también estás chillando: «¡Comida!». ¡Es como una gigantesca congregación de fanáticos!

*¡COMIDA! ¡COMIDA! ¡COMIDA!*

---

*Pasa a la página 88.*

Tu amiga coge un bolígrafo del bolsillo de la doctora, lo arroja al suelo y lo tritura con el tacón del zapato; luego, recoge los restos triturados y los sacude hasta que cae un goterón de tinta azul sobre la sábana de papel de la camilla.

Sin que te digan nada, mojas la pata delantera en la tinta y escribes: ¡SOCORRO!

—¿Cómo le enseñaste a hacer esto? —inquire la doctora, frunciendo el entrecejo.

—Yo no le enseñé nada, lo juro —solloza una y otra vez.

Contemplas la escena conmovido. Lo último que deseas es permanecer como mosca el resto de tu vida... ¡especialmente, la vida de una mosca, ya que sólo viven un par de días!

Tu amiga recupera el aliento entre sollozo y sollozo para decir:

—Pregúntele cualquier cosa. Eso le demostrará que no miento.

—Muy bien, ¿cuál es tu asignatura preferida en la escuela? —te pregunta la doctora Joyce, para apaciguar a Emily.

¡GIMNASIA!, escribes.

—Creo que esta mosca debe de ser realmente un niño. Sólo un niño daría esta respuesta —ríe la doctora.

---

*Pasa a la página 55.*

Un contenedor no es tu lugar ideal para comer, tengas el aspecto que tengas. Pero vas demasiado rápido, y, como no puedes detenerte en el aire, vas a dar directamente contra el frío costado metálico del receptáculo.

*¡Plaf!* Caes al suelo, y tardas un minuto o dos en recobrar el sentido. Consigues incorporarte sobre tus patas tambaleantes, pero la cabeza te da vueltas demasiado deprisa para poder volar. Te preguntas si las moscas pueden sufrir conmociones cerebrales, porque si es así, tú tienes una.

Todavía un poco mareado avanzas a saltitos, intentando despejar tu cabeza. Tu estómago protesta, recordándote que ibas en busca de un piscolabis cuando tropezaste con este contenedor de basuras. Te acuerdas de que seguías un olor..., un olor increíblemente delicioso, y levantas la nariz para ver si puedes volver a captarlo.

*¡Hummmmm!* Intentas levantar el vuelo, sin recordar la determinación de no deleitarte con sobras podridas. Con un violento batir de alas, te elevas unos treinta centímetros del suelo y luego viras a la derecha, chocando otra vez contra el costado del contenedor. Tras un violento aleteo, consigues girar a la izquierda en dirección a un muro de ladrillo.

---

*Pasa a la página 23.*

Aspiras con fuerza dos veces y, despacio pero con firmeza, levantas el ala izquierda. La pegajosa tela se alarga con ella, sin soltarse, así que pruebas con el ala derecha con el mismo resultado. Estás atrapado y bien atrapado.

*—¡Aaaabhhhh!* —chillas, buscando desesperadamente con la mirada a la araña que ha tejido esta trampa. El sedoso hilo de la telaraña se pega a tu mejilla. Resulta del todo repugnante, y aunque intentas quitártelo de encima, no puedes porque tus seis patas están inmovilizadas.

De repente, un hilo centelleante describe un arco sobre ti, aterrizando encima de tu cuerpo.

*—Esto no puede estar sucediendo —zumbas en voz baja. ¡Pero así es!*

Sabes que si la araña te envuelve, estás muerto. Justo entonces, el siguiente filamento descende en espiral sobre ti, desde arriba. Te echas a un lado y lo esquivas con habilidad, pero casi al instante, otro hilo descende de las alturas. Una vez más, sigues su lento descenso y te retiras; el baile continúa durante un tiempo, hasta que por el rabillo del ojo...

*¡Una enorme y peluda araña negra se acerca arrastrándose sobre la tela!*

---

*Pasa a la página 29.*

Tienes que llamar su atención. Revoloteas alrededor de su cabeza y te posas sobre su nariz. No obstante, a pesar de que trepas por su mejilla y evitas, por los pelos, que te dé un tortazo, los ojos de Emily siguen clavados en la máscara; cuando algo atrae su mirada, es casi imposible conseguir que la aparte. Como último recurso, te colocas debajo de la lupa, entre ésta y la máscara.

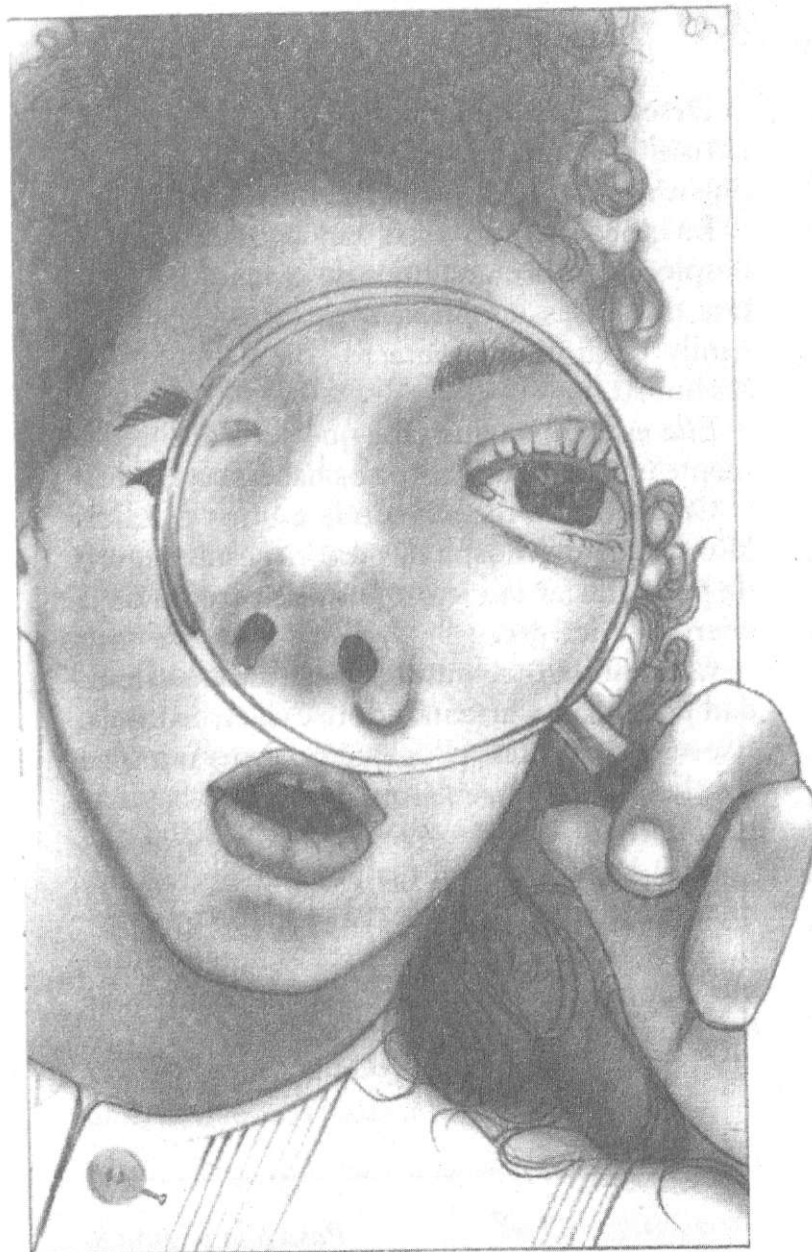
—¡Cuernos! —grita tu amiga.

Revoloteas debajo de la lupa, manteniéndote en el centro mismo de ésta, e intentas desesperadamente llamar su atención. Sabes que si mira verá la mosca más rara que haya visto nunca, y estás seguro de que te reconocerá aunque ahora seas una mosca. Tiene que darse cuenta de que tu cabeza está cubierta de pelo rubio. ¿Cuántas moscas rubias existen?

Emily te parece un monstruo desde el otro lado de la lupa. Sus ojos son grandes como planetas, la nariz podría cubrir todo el estado de California. Ves cómo cierra los enormes párpados en un guiño, y te agachas automáticamente. La lente de aumento hace que el rostro de tu amiga parezca estar, tan sólo, a unos milímetros de ti.

---

*Pasa a la página 6.*



Desesperado, intentas seguir al autobús, pero el violento batir de tus pequeñas alas no puede superar la velocidad de un vehículo.

En poco tiempo estás tan agotado que te desplomas sobre una boca de incendio. Mientras descansas, empieza a entrarte el pánico; Emily es tu único contacto con el mundo de los humanos.

*Ella* es la única que sabe que no eres simplemente una mosca. Y ahora os habéis separado.

Calculas que te encuentras a unos dieciséis kilómetros del hospital, pero no estás seguro de poder llegar tan lejos. Tus alas carecen de la energía suficiente.

Entretanto, otro autobús pasa a toda velocidad por tu lado, arrastrándote casi en su estela. Eso te da una idea. ¿Por qué no esperar a otro autobús junto al semáforo e ir en él hasta el hospital?

Muy satisfecho con tus poderes de razonamiento, zumbas de vuelta al semáforo y esperas. Y esperas. Y esperas. No pasa ningún autobús. Como de costumbre, los autobuses no cumplen el horario.

---

*Pasa a la página 8.*

Eso te recuerda todas las veces que Emily se quedaba después de la escuela para realizar experimentos en el laboratorio del señor Scully. Por el modo en que tu amiga habla del profesor, éste es un genio. Todo lo que ella sabe sobre insectos lo aprendió de él, de modo que debe de ser bueno.

Emily coge su mochila y se dispone a abandonar la habitación.

—Vamos, o llegaremos tarde a la escuela. —Desciende dando botes por la escalera como un gigantesco dinosaurio, mientras su madre chilla algo que no oyes porque tu amiga está a punto de embestirte con la puerta.

—Eh, Emily, ¿te acuerdas de mí? ¿Tu mejor amigo, la mosca? —zumbas con fuerza, enojado—. Pues, si me quieres a tu lado, tendrás que tener más cuidado. —Sabes que ella no puede entenderte, pero lo dices de todos modos.

Emily se vuelve al oír tus zumbidos.

—¡Vamos! Llegaremos tarde, y ya sabes que la señora Whittemore no tolerará que falte a la sala común por tercera vez en esta semana.

Tu amiga siempre llega tarde a clase, lo que significa que tú también porque los dos vais andando juntos hasta la escuela.

---

*Pasa a la página 57.*

El sonido de la campana de la primera clase interrumpe los mensajes de la señora Whittemore, y todos abandonan precipitadamente la sala, contentos de verse libres de sus garras.

La siguiente clase de Emily es la de matemáticas. Los pasillos están repletos de niños. Mientras tu amiga se abre paso entre el gentío, tú vuelas cerca del techo, intentando no perder de vista su castaña cabellera rizada. Aunque la tarea no es fácil porque ella es muy menuda, aún resulta más difícil cuando Walter Smigley, el gigante de la escuela de un metro setenta y siete de estatura y ciento treinta y cinco kilos de peso, se une a la multitud.

Smig se coloca entre Emily y tú, y acabas atrapado en una clase de metalurgia detrás del gigantón en lugar de estar con Emily en la de *mates*. Intentas volver al corredor, pero el profesor ya ha cerrado la puerta.

Encuentras un rincón seguro donde esperar hasta que termine la clase, pero enseguida descubres que hoy no existe ningún lugar seguro en esta aula. Los chicos se están poniendo cascos y encendiendo sopletes de soldar.

—Esto pinta mal —murmuras, presa del pánico.

---

*Pasa a la página 81.*

—¡Yo salgo de aquí! —te dices, y forcejeas para bajar por dentro del gorro, sin duda se trata de un gorro quirúrgico, e intentar escabullirte por el reborde elástico. Entre contorneos consigues resbalar hasta el borde y pasar por debajo de la goma. Te dices a ti mismo que no debes mirar abajo, no quieres tener que contemplar a un paciente al que acaban de abrir el estómago.

—Que alguien me rasque la sien —pide la mujer entre cuyos cabellos has quedado atrapado.

Levantas los ojos y ves cómo un pequeño instrumento quirúrgico de metal se dirige directamente hacia ti.

—¡No! —zumbas a modo de grito, y aterrizas en su hombro.

—¡Eh, aquí hay una mosca! —chilla alguien.

—Acabad con esa mosca..., y de prisa —dice una voz enojada—. No quiero que se pose en esta cavidad abdominal y contamine al paciente.

En cuanto le oyes decir eso, no puedes evitar mirar. Siempre has sido muy remilgado, pero sin saber por qué el viscoso revoltijo rojo de entrañas resulta *apetitoso*. ¡*Humm!* Te acuerda que estás hambriento.

---

*Pasa a la página 66.*

*¡Flass!* vuelve a restallar la pala matamoscas.

Esta vez ha pasado demasiado cerca; tanto que la ráfaga de aire provocada por la pala, al pasar junto a ti, te lanza dando vueltas en dirección al suelo de linóleo. Como un pequeño avión de hélice atrapado por un tornado, intentas parar, pero no sirve de nada y rebotas en el suelo a una velocidad vertiginosa.

Con sorpresa, compruebas que no estás herido, sólo un poco aturdido. Tienes el cerebro como si hubiera permanecido durante diez minutos en una licuadora, pero no hay nada roto.

Te retuerces y te agitas sobre el suelo hasta que recuperas, otra vez, el sentido de la orientación. Luego intentas llamar la atención de tu madre una vez más, antes de darte por vencido; pero para eso necesitas un plan. «Piensa», te dices. ¿Qué la convencería de que no eres el repugnante y molesto insecto que tanto desea aplastar?

Antes de poder pensar un plan, vas a tener que salvar tu diminuto pellejo de mosca, porque ¡una gigantesca zapatilla de lona se está abalanzando, justamente, sobre el punto en el que te encuentras!

---

*Pasa a la página 27.*

Aliviado, vuelas hasta el hombro de Emily para intentar consolarla a tu manera.

—Dejad que consulte con un colega y vea lo que dice —os dice la doctora, abandonando la sala.

Minutos más tarde, la puerta se abre y media docena de hombres y mujeres con batas blancas y estetoscopios entran en tropel. La doctora Joyce pide a Emily que lo explique todo.

Obediente, tu amiga habla a su nuevo público sobre tu tío; la máscara que te envió; lo que te sucedió al despertarte esta mañana, y todo el resto de terroríficos detalles.

Cuando termina, la doctora Joyce se vuelve hacia sus colegas.

—Lo extraordinario es que esta mosca sigue teniendo la mente de un niño. Observad esto. —Se vuelve hacia ti y pregunta—: ¿Cuál es tu comida favorita?

PIZZA, escribes rápidamente.

Los médicos se agolpan para examinarte y acribillarte a preguntas. Empiezas a sentirte como un número de circo mientras intentas responder.

Afortunadamente, Emily los interrumpe.

—¿Creen que pueden hacerle regresar?

---

*Pasa a la página 35.*



Rápidamente, llegas a la conclusión de que tu madre resulta muy peligrosa con una pala matamoscas en la mano, de modo que descienes medio metro y vuelas bajo, fuera de su ángulo de visión.

Frustrado por la incapacidad de tu madre para reconocerte, aunque seas una mosca, decides que la mejor estrategia es retroceder escalera arriba hasta tu habitación y esperar a Emily. Piensas que *ella* sí te reconocerá..., jamás se le escapa nada.

Al subir la escalera te fijas en la telaraña que cuelga de la esquina de la escalera desde hace meses, y juras que la eliminarás en cuanto vuelvas a ser humano. Esas telarañas pueden resultar fatales.

Das gracias por estar fuera de peligro y vuelas tranquilamente al interior de tu cuarto.

Revoloteas ante el espejo y observas que aún tienes tus propios cabellos, lo que te provoca un ataque de risa porque nunca habías visto a una mosca rubia.

Pero, entonces, recuerdas que se trata de ti mismo; esa mosca eres tú, y la risa se te corta en seco.

---

*Pasa a la página 43.*

En la escuela, ya ha sonado la campana que anuncia las reuniones en la sala común, y los pasillos están desiertos. Emily se escabulle hacia la clase de la señora Whittemore, y tú vas detrás de ella.

—¡Emily! —ruge la profesora—. Vuelves a llegar tarde. —La señora Whittemore es la profesora más temida de la escuela. Todo el mundo se refiere a ella como «doña malhumor».

—Lo siento, señora Whittemore —se disculpa Emily, dejándose caer sobre su silla—. No volverá a suceder.

—Es cierto, no volverá a suceder —replica la profesora ceñuda—. Llamaré a tu madre esta tarde.

Avanzando a hurtadillas, te aproximas al pupitre de Emily.

—Me debes una —te susurra ella.

—¿Qué? —zumbas.

—No te escaparás sólo porque seas una mosca —continúa tu amiga enfadada—. En cuanto vuelvas a ser humano, haré que pagues por esto.

—¡Emily! —grita la señora Whittemore—. ¿Te importaría callarte? Tengo cosas importantes que comunicar.

---

*Pasa a la página 14.*

—¡No! —implora tu amiga. Te hace una seña, y te pones a revolotear ante el rostro de Scully para llamar su atención—. ¿Ve esta mosca? ¡No lo es... quiero decir que no es una mosca! Es...

El profesor tapa la boca de Emily con la mano al tiempo que sus ojos bizquean y se clavan en ti.

—¡Chisst! —susurra—. Ya veo a qué te referies.

Los gruesos cristales de las gafas del señor Scully, sin duda aumentan las cosas una barbaridad, porque tienes la sensación de que puede ver tu rostro con claridad. Extiende la mano para que te poses en ella, y con sumo cuidado te traslada hasta su escritorio, luego coge una lupa y te examina aún más de cerca.

—Hmmm —murmura al cabo de un minuto—. Por fin un alumno que realmente tiene que estar en mi clase. —Se echa a reír de su propia ocurrencia.

Le respondes con un zumbido airado.

—Vamos, vamos, vamos —dice el señor Scully, meneando un dedo ante ti—. Paciencia, paciencia. Si quieres volver a ser un alumno, será mejor que seas amable.

—¡Señor Scully, tiene que ayudarnos! —le ruega Emily.

---

*Pasa a la página 18.*

Todos los médicos abandonan corriendo la habitación en busca de queso mohoso, mientras que el doctor Mowbray se dirige a Emily y a tu madre para darles más explicaciones.

—Verán, hace poco leí una ponencia en la revista *Entomología moderna* sobre genes parecidos en el moho y en la *Diptera transmograe*. Según este artículo, estos genes funcionan de forma casi idéntica, ya que ambos se dilatan y alteran la estructura celular a una velocidad increíble. Tengo curiosidad por comprobar si esta teoría funciona.

—Sigo sin comprender —responde tu madre, meneando la cabeza—. Me está diciendo que un pedazo de moho me va a devolver a mi hijo.

Sientes ganas de vomitar al pensar que tendrás que tragarte un bocado de queso mohoso.

—En pocas palabras, sí —responde el doctor Mowbray—; pero es mucho más complicado que eso. El artículo no era muy explícito sobre lo que podría suceder si se alimentara a una *Diptera transmograe* con esporas.

—¿De modo que una persona podría morir? —interviene Emily.

—Es posible —asiente él—, pero el moho es inofensivo en pequeñas...

---

*Pasa a la página 63.*

Horrorizado, ves que Emily se precipita hacia las estanterías y coge un pisapapeles. Intentas moverte, pero todavía estás demasiado mojado. Tu amiga levanta en el aire el pisapapeles, y lo suelta sobre tu pluma favorita. Acto seguido, agita los restos y deja caer una gota de tinta sobre una hoja de papel.

—Moja una de tus patas en la tinta y escribe lo que quieras decirme —indica, tomando la lente de aumento.

Estabas seguro de que ella sabría cómo resolver esto. Garabateas sobre el papel con letra borrosa: LEE LA CARTA.

Emily busca por todo tu escritorio hasta que encuentra la carta de tu tío.

—¿Qué salió mal? —pregunta—. ¿Qué hiciste?

Sacudes la cabeza y te encoges de hombros. Ella no lo comprende y te señala la hoja de papel con el dedo.

—Escribe —ordena.

NO LO SÉ. ME PUSE LA MÁSCARA ANOCHE. HE DESPERTADO COMO MOSCA.

¡Uf! Ha resultado un trabajo duro escribir todo eso, y esperas que Emily no tenga más preguntas de momento.

---

*Pasa a la página 19.*

—Es sencillo —explica el señor Scully al tiempo que saca un libro de su estantería—; si puedo encontrar una enzima capaz de derribar esta clase de pared celular, es posible que nuestro amiguito pueda regresar a su antigua forma. —Y empieza a pasar hojas de un libro de microbiología.

—¡Aquí está! —exclama el profesor.

Toda la clase deja de trabajar en la prueba y miran al señor Scully.

—Seguid, seguid. Acabad, sólo os quedan unos minutos.

Todos los alumnos se ponen a escribir.

—Sé cómo hacerlo —anuncia el profesor, sacando cubetas y tubos de ensayo de un cajón. Luego enciende un mechero Bunsen.

El señor Scully empieza a calentar un poco del mismo líquido pegajoso que había vertido antes sobre ti; cuando ya ha hervido, lo recoge con un cuentagotas de cristal.

—A lo mejor duele un poco —advierte distraído, antes de dejar caer una gotita de líquido encima de ti.

—¡Abhhh! —chillas cuando una gota hirviendo, tan grande como las cataratas del Niágara, está a punto de ahogarte.

---

*Pasa a la página 73.*

¡Intentas levantarte, y de repente echas a volar! Al volver la cabeza para ver qué ha sucedido, descubres que te encuentras flotando varios metros por encima de la cama, ¡y que tu cuerpo ha desaparecido! No consigues verte en el espejo. Todo lo que aparece en él son tus pósteres y las estanterías repletas de trastos. De pronto, descubres una pequeña mancha negra en el espejo y te acercas para examinarla. Es una mosca... ¡Eres tú!

¡Esto no puede estar sucediendo... va en contra de las leyes científicas! Totalmente alelado, vuelves a contemplarte en el espejo durante un buen rato.

No existe la menor duda... ¡eres una mosca!

¡Seguro que tiene algo que ver con la máscara que te envió tío Bill!

Tu primera intención es bajar zumbando la escalera e ir en busca de tu madre; ella sabrá qué hacer. Pero, pensándolo mejor, puede que no sea tan buena idea porque no te reconocerá y, además, ¡odia a los insectos aún más que tú!

---

*Si decides ir en busca de tu madre,  
pasa a la página 9.*

*Si decides resolver la situación por ti mismo,  
pasa a la página 43.*

Un nuevo médico entra, apresuradamente, sosteniendo en las manos un bocadillo rancio de queso, como si fuera una ofrenda.

—Perfecto —asiente el doctor Mowbray, y coloca el emparedado delante de ti.

Te acercas al asqueroso bocadillo, sacas la lengua y le propinas un lametón. Intentas tragar, pero no es fácil. El moho no es tu comida favorita, ni siquiera como mosca. Tomas otro mordisco y haces un terrible esfuerzo para no escupirlo.

—Creo que voy a vomitar —dices, seguro de que sonará como un zumbido.

—¿Qué fue eso? —pregunta Emily.

—¡Dije que creo que voy a vomitar! —repites.

—¡Le he entendido! ¡Le he entendido! —exclama tu amiga, dando saltos arriba y abajo.

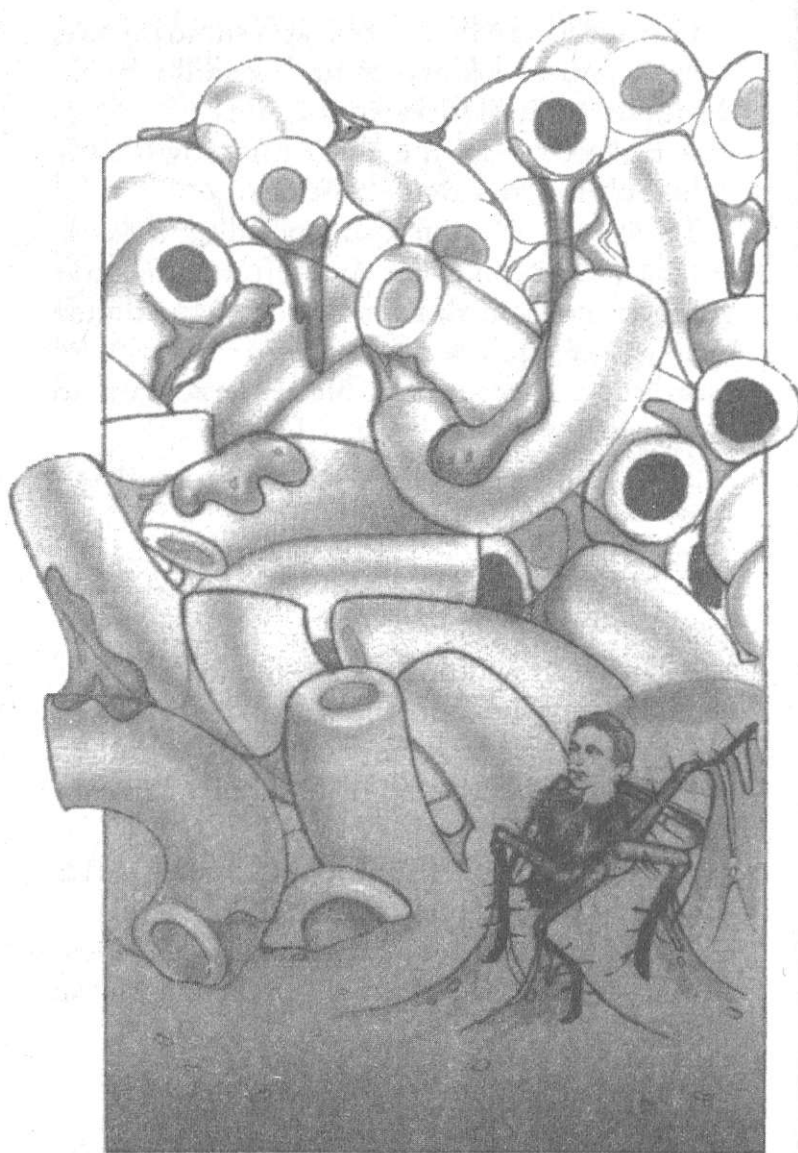
Paseas la mirada por la sala, y todo el mundo sonríe; luego bajas los ojos hasta tus piernas y ves sólo dos.

¡Has regresado! Te miras por todas partes para ver si todo tú está de vuelta. ¡Y lo está!

Todos los médicos dan palmadas en la espalda al doctor Mowbray, y le felicitan por su éxito.

---

*Pasa a la página 76.*



Huele de maravilla. Por una vez te alegras de ser una mosca, porque de lo contrario el olor probablemente te produciría náuseas. Todo el mundo sabe lo mala que es la comida de hospital.

Tras asegurarte de que no hay moros en la costa, te lanzas sobre el puré de patatas y tomas una diminuta porción, lo suficiente para llenar tu estómago.

Ahora ha llegado el momento de probar los macarrones con queso. Deseas que sean tan sabrosos como los que hace tu madre. Es lo único que te gusta de todo lo que cocina.

El pegajoso queso naranja envuelve tus patas y empieza a arrastrarte.

—¡Está vivo! —gritas, al ver que empiezas a resbalar hacia el interior de un macarrón. El agujero se abre ante ti amenazador mientras luchas por extender las alas y levantar el vuelo.

Esta vez no tienes tanta suerte, y la pasta te absorbe aún más. El queso es tan resbaladizo como la grasa y no puedes tomar impulso; en su lugar, te escurres todavía más hacia el interior de la pegajosa sustancia.

---

*Pasa a la página 30.*

Una mano casi te quita de en medio.

«¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!», te dices. Resulta duro, pero te apartas de las apetitosas tripas y vuelas hacia la puerta.

Una vez en el vestíbulo, inicias la búsqueda de Emily. No tienes ni idea de por dónde viniste, porque al quedarte atrapado entre los cabellos de la mujer te desorientó por completo.

—Este hospital es demasiado grande —refunfuñas mientras vuelas sin rumbo por los pasillos.

La gente corre de un lado a otro: enfermeros empujando camillas, enfermeras repartiendo medicinas, y médicos corriendo a atender urgencias. Te sientes mareado.

Tienes que encontrar a tu amiga, pero al mismo tiempo no quieres que el personal del hospital te descubra. En los hospitales no quieren moscas, y si te atrapan te harán picadillo.

Desciendes por un pasillo y luego otro, hasta que llegas ante un ventanal enorme y ves una habitación llena de bebés. Es la *nursery*, la sala donde se coloca a los recién nacidos. Tiene un gran ventanal para que la gente los mire desde fuera. Vuelas al interior para contemplarlos mejor.

---

*Pasa a la página 7.*

—No estoy segura —responde Emily desilusionada—. Tengo que ir a clase. —Saca su libro de matemáticas del armario.

¡MALO!, escribes. NO PUEDO QUEDARME POR AQUÍ.

Emily está perpleja. No está muy segura de saber a qué te refieres.

Vuelves a mojar la pata en la tinta. Esto empieza a resultar agotador, pero sin embargo, tienes que hacerlo; así que escribes: LA ESCUELA ES DEMASIADO PELIGROSA.

—¡Oh! —exclama ella, al comprender lo que te preocupa—. Probablemente tienes razón. Será mejor que te vayas a casa y esperes allí. Haré que el señor Scully vaya a tu casa después de la escuela..., ¡aunque tenga que secuestrarlo!

GRACIAS, garabateas.

—¿Crees que conseguirás regresar a casa? —inquieta tu amiga con expresión preocupada.

Por tu mente pasa la imagen de las tres cortas manzanas. DESDE LUEGO.

Muy puntual, a las tres y cuarto de la tarde, Emily irrumpe en tu habitación y arroja la mochila sobre tu cama, casi aplastándote, al no advertir que te encuentras allí descansando.

---

*Pasa a la página 79.*

Emily extrae el paquete que está debajo de ti y lo rasga violentamente. Te elevas sobre él y descubres una carta y un sobre pequeño. Cuando tu amiga abre la carta, ambos leéis a la vez:

«¡Hola!

»Me parece que no fue tan buena idea enviarte esa máscara. Por si aún no lo has descubierto, la careta transforma realmente a las personas en moscas. Si eso ha sucedido, en el sobre adjunto tienes el antídoto.

Es un hongo que crece en el cereal de esta zona. Pero si aún no lo has hecho, ¡NO TE PONGAS LA MÁSCARA!»

El resto de la misiva explica cómo limpiar la máscara para que deje de resultar peligrosa.

—Es un poco tarde para advertirte —masculla Emily.

—¡Abre el sobre! —zumbas a todo pulmón.

El zumbido atrae la atención de tu amiga, que abre el sobre y esparce un poco de polvo marrón sobre la superficie de tu escritorio.

---

*Pasa a la página 78.*

NO TE PREOCUPES. BURLA PRIMERO A LA ENFERMERA, garabateas.

—¡Sí! —exclama ella en voz alta—. Vayamos paso a paso.

La gente de la sala de espera la contempla como si estuviera loca, pero Emily ni se da cuenta, se precipita hacia el puesto de enfermeras.

—¡Eh! ¡Eh! —vocifera, al tiempo que golpea el mostrador—. ¿Pueden ayudarme? ¡Estoy enferma..., creo que me voy a morir!

La enfermera con aspecto de gorila se aproxima pesadamente.

—¿Qué sucede? —pregunta.

—Es ese dolor horrible aquí arriba —explica Emily, señalando su cabeza—. ¡Creo que me va a explotar! —dice gimiendo, y se agarra la cabeza con las manos.

—Toma —replica la enfermera, sacando un montón de formularios—, llénalos y un doctor te examinará en cuanto pueda. Y tendremos que avisar a tus padres.

Emily contempla los formularios y lanza unos gemidos. Acto seguido, se desmaya.

—¡Enfermero! ¡Lleve a esta chica a la sala de reconocimiento número cuatro, inmediatamente! —chilla la mujer.

---

*Pasa a la página 82.*

Entonces te quitas la máscara, haces los deberes, ensayas tu papel en la obra de teatro, y pasas un rato jugando con tu videojuego favorito hasta que llega el momento de ir a dormir. Sientes un raro escozor en el cuero cabelludo.

En cuanto apagas la luz y te dispones a dormir, el picor aumenta: se propaga de tu cabeza a tus hombros y de allí a los brazos y piernas. Es como si millares de insectos corrieran por todo tu cuerpo. Te vienen a la memoria las babosas que viste en el jardín, y te imaginas cubierto de ellas..., babosas que mastican tu carne hasta convertirla en una masa sanguinolenta.

La comezón es tan insoportable que llamas a tu madre para que te ayude, pero tu voz suena rara, y nadie responde. Intentas saltar de la cama, pero de improviso no puedes moverte y, en su lugar, ¡tu cuerpo se eleva dos o tres centímetros por encima de las sábanas! Al parecer sólo eres capaz de frotarte los brazos contra las piernas; aunque ayuda un poco, no elimina el dolor.

—Espera. Espera. Espera —interrumpe la doctora, alzando las manos; luego se vuelve y saca la cabeza por la puerta—. Será mejor que hagáis venir un psiquiatra. Tenemos todo un caso aquí —le dice a alguien.

—¡No! —implora Emily—. No estoy loca. —Le arrebató un curioso instrumento con una lente de aumento de la bata—. ¡Mire! —insiste mientras sostiene la lente sobre ti.

—¡Válgame Dios! —exclama la doctora Joyce observando a través de la lupa—. ¿Cómo puede ser? Una mosca con melena rubia y ojos humanos. Esto contraviene las leyes de la naturaleza... —Su voz se apaga mientras te da golpecitos con un frío instrumento metálico.

Das un respingo.

—¿Esto es una broma, verdad? —dice la doctora, volviéndose hacia Emily—. ¿Cómo conseguiste ponerle pelo rubio a la mosca? Eres muy lista —continúa.

—Es auténtico —gimotea Emily—. Esa mosca es en realidad un humano. ¡Tiene que ayudarnos!



La cabeza te martillea con tal fuerza que ya no puedes oír nada más, y empiezas a crecer y crecer. ¡De improviso el macarrón resulta demasiado estrecho para ti y explota!

Aterrado, te pones a chillar. «¡Ahhhhh!» Y ya no es exactamente un zumbido lo que suena; el grito se parece mucho a tu propia voz. Echas una mirada a tu cuerpo, y descubres que ya no está recubierto de pelos negros; tu piel se está transformando otra vez en piel humana. ¡Las patas de mosca están desapareciendo, y en su lugar están brotando brazos, piernas, pies y manos!

Notas que tu peso aumenta de modo espectacular al tiempo que te hundes entre los macarrones, y los conviertes en una masa informe.

Una mujer vestida de blanco y con una redcilla en el cabello surge por las puertas de la cocina.

—¡Llamad a la policía! —grita, volviendo a entrar apresuradamente—. ¡Hay alguien revolcándose en los macarrones con queso!

—¡Sí! —exclamas con júbilo. ¡Vuelves a ser humano!

¡Y estás tumbado sobre una enorme bandeja de macarrones con queso! ¡En medio de un hospital!

¡Completamente solo!

**Fin**

—¿Qué está haciendo? —profiere Emily al ver que te retuerces sobre la cápsula de Petri.

—No te inquietes —responde él conciliador—. Sólo intento derribar las paredes celulares. Verás, la parte humana sigue ahí; simplemente ha quedado comprimida dentro del cuerpo diminuto de una mosca.

Al mismo tiempo que el profesor da su explicación, tú empiezas a sentirte extraño: notas una picazón en tu cuerpo, y éste comienza a hincharse.

—Podría estar funcionando —dice el profesor volviéndote a colocar bajo el microscopio.

Asientes excitado porque notas un cambio. Sientes el cuerpo inflado como si hubieras bebido demasiada gaseosa, y las piernas empiezan a hincharse como si fueran a estallar. En un principio crees que no es más que la reacción de tu cuerpo al haber hervido vivo, porque parece como si tuvieras urticaria.

Pero el señor Scully sonríe.

—Estupendo. Estupendo. Estupendo.

Notas que ganas peso, que te dilatas igual que una esponja seca al caer sobre un charco. Pero es diferente..., muy diferente.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —silba el profesor.

---

*Pasa a la página 83.*

Empiezas a revolotear desesperadamente alrededor de Emily para llamar su atención y, desde luego, lo consigues; pero no en la forma deseada. Sus manos se agitan enloquecidas en torno a su rostro, y, enseguida, abre la ventana para echarte fuera.

Esquivas sus manos y te apartas de la ventana. Te alegra que Emily sea una persona de las que no haría daño a una mosca.

—¡Ya basta, Emily! Soy yo. ¡Me he convertido en mosca! —gritas; pero ella no te comprende. Todo lo que oye es un zumbido irritante que aumenta de tono cuando tú hablas.

Cuando tu amiga está ya a punto de irse, tienes una gran idea para atraer su atención.

Observas que la ventana está ligeramente cubierta de escarcha a causa del rocío, lo que hace que sea perfecta para escribir un mensaje. Sin perder un instante, arrastras el cuerpo sobre el húmedo y helado cristal y dibujas las letras EMILY entre signos de exclamación.

Pero ella está mirando en dirección opuesta. Ha descubierto la máscara de tu tío y la está examinando con tu lupa.

—Fabuloso... una careta de mosca —dice.

---

*Pasa a la página 48.*

—Pero señor Scully... —implora Emily.

—Ya hemos hablado de esto miles de veces. —El profesor se ha dado ya la vuelta—. Simplemente, ya no puedo encubrirte más. Ahora ve a tu clase.

El señor Scully empuja a Emily fuera del aula y anuncia el experimento que la clase realizará hoy.

Tú te quedas sobre la mesa del laboratorio, estupefacto ante la respuesta del profesor. Emily es su estudiante favorita, y jamás pensaste que pudiera quitársela de encima. Emprendes el vuelo hacia la puerta del aula, pero el profesor la ha cerrado al salir tu amiga.

Mientras te acomodas en un rincón a esperar que termine la clase, Emily abre la puerta una vez más.

—¡Fuera! —ruge el señor Scully, señalando al pasillo.

Emily sostiene la puerta abierta hasta que sales, a lo que tú respondes con un zumbido de agradecimiento antes de posarte sobre su mano.

—¡Sabía que todavía seguías ahí! —Te lleva hasta su taquilla y te deposita cerca del borrón de tinta de la libreta.

Saltas sobre el papel y escribes: ¿AHORA QUÉ?

---

*Pasa a la página 67.*

El doctor Mowbray acepta amablemente los espaldarazos, y cuando abre la puerta de la sala de reconocimientos para despedirse con una reverencia, tu hermano pequeño, Jake, entra corriendo, estrellándose contra sus piernas.

—¡Mamá! —chilla Jake, y se detiene en seco.

Todos los presentes lo miran anonadados. No puede ser. Pero lo es. Jake lleva puesta la careta de mosca.

Tu madre lanza un grito y se desmaya.

Te vuelves a desplomar sobre la camilla.

—Ya volvemos a empezar —gimes—. Eh, doctor, será mejor que consiga un poco más de ese queso. Creo que vamos a necesitarlo.

*Fin*



Te posas junto a él y empiezas a comer. Tiene un sabor horrendo, pero desde el primer bocado notas un cambio en ti. Es como si fueras un imán y las moléculas de la habitación convergieran en tu cuerpo. Primero se te hincha la cabeza, y luego, el torso. Después los brazos y las piernas empiezan a definirse, y las alas se te desprenden como si se tratara de piel muerta.

—¡Funciona! —chilla Emily—. ¡Te estás convirtiendo en humano!

Notas que las uñas te crecen y brotan los cabellos en tu cabeza. Es sorprendente lo rápido que sucede; en pocos minutos has recobrado tu tamaño normal, encaramado en tu escritorio.

Emily se echa a reír histéricamente.

—¿Qué sucede? ¿He regresado por completo? —preguntas, paseando la mirada por tu cuerpo—. ¡Aaaahhhhh! —Tienes los brazos y las piernas recubiertos de pelos punzantes y erizados. ¡Miles de ellos!

Tu amiga se parte de risa.

—Si lo miras por el lado bueno, vuelves a ser humano. A lo mejor los pelos desaparecerán al cabo de un tiempo.

—Eso espero —respondes, contento de volver a oír tu voz—. Al menos es mejor que intentar encontrar pantalones con seis perneras.

**Fin**

Vuelas de inmediato hacia el techo porque se está más seguro.

Emily da vueltas por la habitación, buscándote.

—El señor Scully no ha querido venir —explica—. Dijo que tenía una urgencia y que hablaríamos mañana.

Aterrizas sobre tu escritorio y te pones a zumbar con todas tus fuerzas. ¡Podrías quedarte así para siempre!

Tu amiga contempla cómo saltas frenéticamente sobre un pequeño paquete que ha llegado con el correo de la tarde. Después de que tu madre lo subiera, descubriste que llevaba un matasellos brasileño, y, desde entonces, has estado aguardando ansiosamente la llegada de Emily..., ¡a lo mejor lo envía tío Bill!

---

*Pasa a la página 68.*

De repente, una doctora entra a toda velocidad, dando un portazo.

—Muy bien, ¿cuál es el problema? —pregunta, antes incluso de ver a Emily.

—Uh... uh... —Tu amiga no sabe qué decir y se limita a leer la etiqueta identificativa de la doctora, en la que pone: DRA. JOYCE. No sabe cómo explicar lo sucedido.

Muy excitado, empiezas a zumbear ante el rostro de la doctora, pero ella intenta apartarte con la mano.

—¡Que venga alguien y acabe con esta mosca! —grita.

—¡Nooooo! —chilla Emily—. ¡No mate a la mosca! —suplica. Es mi mejor amigo.

Te posas sobre la mesa de reconocimiento cerca de ella y asientes con fuerza, pero la doctora no te ve.

—¿Qué? —exclama la doctora Joyce.

—La mosca es mi mejor amigo —intenta explicar Emily—. Vivimos puerta con puerta y nos vemos cada día. En realidad no es una mosca. Es un humano que se ha transformado en insecto. Su tío le envió desde el Amazonas una máscara con poderes especiales que lo han convertido en una mosca.

---

*Pasa a la página 71.*

Smig levanta su soplete hacia ti mientras ajusta la llama, luego se baja la mascarilla y empieza a soldar dos láminas de metal justo debajo de donde estás posado. Cientos de chispas diminutas saltan por los aires.

Cuando se mide medio centímetro una avalancha de chispas se parece mucho a una lluvia de meteoritos. No tardas en descubrir que a las moscas no les salen ampollas, pero no esperas para comprobar si pueden asarse.

Sales disparado hacia arriba hasta un grupo de luces fluorescentes, contento de no haberte achicharrado.

En cuanto suena la campana, abandonas tan rápido como puedes la clase de metalurgia y retrocedes hasta la clase de matemáticas de Emily. Descubres que ya ha salido, y la divisas caminando en dirección a su taquilla, entre dos niños más altos.

—¡Aquí estás! —exclama ella aliviada cuando aterrizas en su mano—. Pensaba que te había perdido para siempre. Estaba tan preocupada, que no he oído ni una sola palabra en clase.

Zumbas con todas tus fuerzas en señal de agradecimiento.

---

*Pasa a la página 86.*

Un enfermero menudo y enjuto, que parece incapaz de levantar una pluma, acerca una camilla y deposita a tu amiga encima. Luego, la empuja al interior de una habitación bien iluminada, llena de vitrinas repletas de material: gasas, esparadrapo, equipo quirúrgico, y un instrumental extraño, que parecen utensilios sacados de *Frankenstein*.

Emily permanece totalmente inmóvil.

Revoloteas por las proximidades, observando la escena. No puedes creer lo bien que está fingiendo tu amiga; ni siquiera se le mueven los párpados.

—¡Formidable! —zumbas, admirado.

Pero Emily no se mueve; no se agitan ni los orificios de su nariz.

En cuanto se va el enfermero, os quedáis solos en la sala. Tú estás sediento, pues no has bebido nada desde que encontraste un charco en la acera del hospital. Como observas que gotea un grifo en la pila del rincón, aterrizas junto al desagüe y chupas un poco de agua.

¡Paf!

Una gota inmensa está a punto de arrastrarte con ella desagüe abajo. Presa del pánico saltas al borde del lavabo.

---

*Pasa a la página 24.*

Echas una mirada a Emily. Tu amiga, muy excitada, no hace más que dar saltos.

El señor Scully coge el portaobjeto en el que te encuentras y lo deposita con cuidado en el suelo, detrás de su escritorio; lo hace para que tengas sitio suficiente para crecer sin que te vea la clase.

De repente sientes frío. Tu piel empieza a recuperar su color normal, y percibes que recuperas tus manos y que tus piernas se alargan. Todo sucede muy despacio.

Levantas la vista y descubres que el señor Scully ya no está a tu lado. Está hablando a su clase. No sabes dónde se encuentra Emily. Tu cuerpo cambia demasiado deprisa para que puedas captar todo lo que lo rodea; pero, al mismo tiempo, parece que tu transformación tarda una barbaridad en completarse.

En realidad has perdido la noción del tiempo. No sabes si la clase ha terminado y ha comenzado otra. Toda tu energía está concentrada en el crecimiento de tu cuerpo.

Sientes un martilleo en la cabeza, producido por el fluir de la sangre por tus venas, y notas que tu estómago se dilata muy deprisa.

Al cabo de un rato, descubres a Emily inclinada sobre ti.

---

*Pasa a la página 38.*

A pesar de que vuelas tan rápido como puedes, te cuesta mucho seguir a tu amiga. Eso de volar no resulta tan sencillo como creías. Te desplomas sobre su cama e intentas recuperar el aliento.

Por un instante piensas que Emily se ha olvidado de ti; pero, entonces, mientras introduce su libro de matemáticas en la mochila, te explica su plan.

—No te preocupes —dice, intentando darte ánimos—, apuesto a que el señor Scully tendrá algunas ideas. Tiene un *master* en ciencias, y adora a los insectos.

---

*Pasa a la página 51.*

Te arrojas sobre los tomates y aterrizas sobre la zona carnosa de una jugosa rodaja.

*¡Abhhhhhh!* He aquí la respuesta a tus plegarias. El insoportable dolor se convierte rápidamente en unas punzadas sordas apenas perceptibles, y te zambulles en el fresco bienestar del tierno pedazo de tomate... das un par de mordisquitos...

*¡Paf!*

Acabas de ser pulverizado contra el mostrador junto con la rodaja de tomate. La palma de la mano de tu madre te tritura sobre la dura superficie, y ya no eres más que una mancha en el tablero. Para toda la eternidad.

Tu madre limpia tus restos con un trapo, tira el tomate y termina de preparar el almuerzo. Y tú ya eres historia.

**Fin**

Emily se sienta en el suelo frente a su taquilla y saca una pluma del bolsillo. Muerde con fuerza la punta para romperla, y un poco de tinta se derrama por la comisura de sus labios, mientras esparce unas gotas sobre su libreta.

—Hemos de hablar —susurra, y tú aterrizas junto a la mancha de tinta, listo para escribir—. Tengo inglés, arte, y la hora del almuerzo antes de la clase de ciencias —te dice.

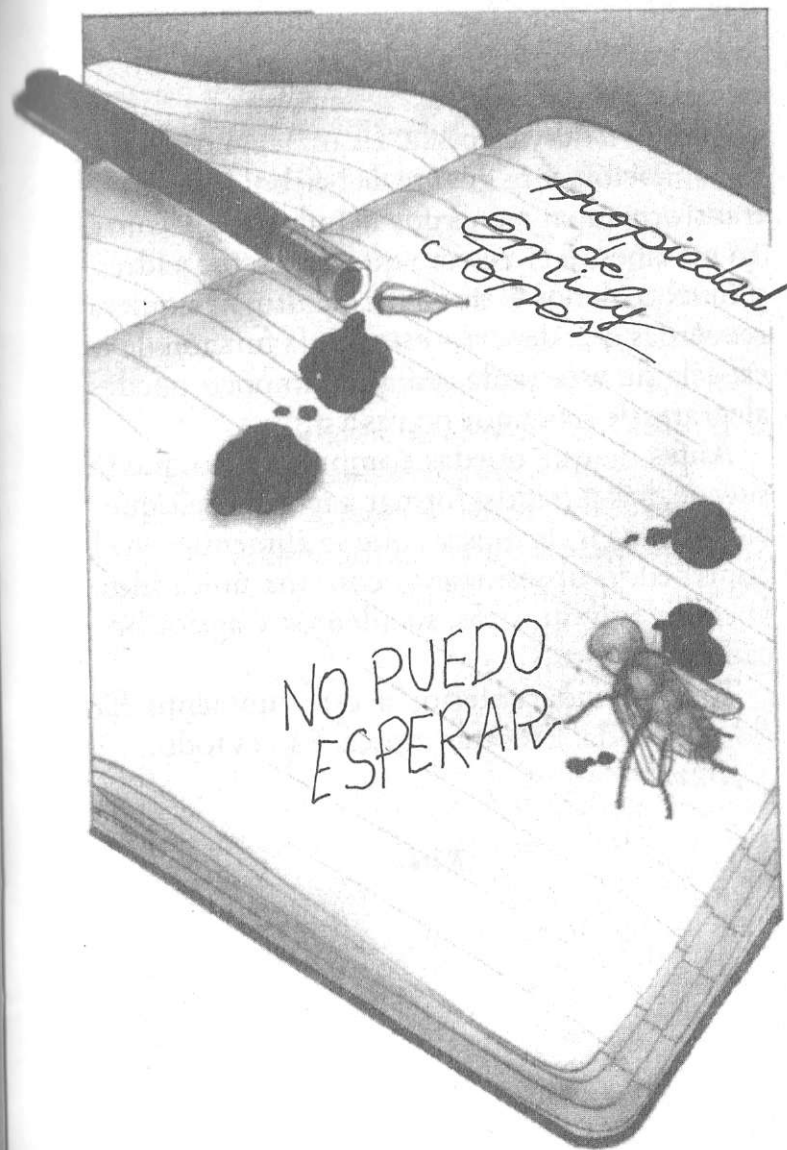
Empiezas a preocuparte. ¡Es una espera demasiado larga! Te pones a escribir frenéticamente sobre la libreta: NO PUEDO ESPERAR TANTO.

—Eso es lo que yo también pienso —asiente ella—. Tenemos que hablar con el señor Scully ahora; antes de que empiece la próxima clase.

Suena la campana que advierte que sólo faltan dos minutos para la clase siguiente.

—¡Vamos! —zumbas, y echas a volar por el pasillo en dirección al laboratorio de ciencias.

—Te sigo —responde Emily mientras mete los libros en su taquilla con cuidado de no derramar la tinta, por si la necesitas más tarde.





En cuanto te unes a aquel frenesí, tus intenciones de regresar a casa y encontrar a Emily empiezan a desvanecerse. La máscara de tu tío, tu habitación, y tu guante de béisbol favorito se transforman en recuerdos nebulosos y lejanos. Ya no sabes ni el aspecto que tienen tus padres, y mucho menos el de tu hermanito; ni siquiera recuerdas que deberías estar en la función de la escuela de esta tarde, así que tampoco puedes alegrarte de saber que no vas a ir.

Antes de que puedas comprender lo que te sucede, has pasado a formar parte del enloquecido centenar de moscas que se alimentan en el contenedor, obsesionadas con una única idea: *la comida*. Exquisitos, succulentos y agrios bocados podridos.

Toda tu vida anterior a este momento ha sido olvidada. Eres una mosca. Eso es todo.

*¡Bzzz!*

**Fin**

## ELIGE TU PROPIO ESCALOFRÍO

### *Títulos publicados:*

1. La noche del hombre lobo
2. El castillo de la oscuridad
3. ¡Soy una mosca!
4. La momia que no quería morir